

CAPÍTULO 1

NEREA

Era 25 de diciembre allá en la Tierra, muchas familias firman una pequeña tregua en sus disputas y se preparan para dar cuenta de una succulenta comida. Aquí, en Marte, el 25 de diciembre no representa ninguna diferencia. León y yo comeríamos lo mismo que otros días, quizá habría en la mesa una pasta dura de proteínas extra que simulase turrón y alguna bebida gasificada, pero no habría tregua. No podríamos firmarla. En aquellos instantes, yo me hallaba colgada de un arnés que precariamente se balanceaba en la hoz de Candor Chasma para reparar un robot que se había quedado sin baterías, dentro de una cueva. Bajé en el todoterreno durante un par de kilómetros, hasta que la pendiente se hizo demasiado escarpada y tuve que recurrir al equipo de montañismo. Aquella era tarea de León; en realidad él disfrutaba descendiendo por gargantas de kilómetros de profundidad (sabía muy bien que yo no) e incluso tenía su propio club de admiradores en la Tierra que devoraban con gula las vistas que él tomaba en sus excursiones.

Pero aquel 25 de diciembre, León alegó excusas para no bajar. Quería que aprendiese a valorar su trabajo y lo imprescindible que era. Yo no llegaría a tiempo para disfrutar de mi pasta endurecida de falso turrón ni para comerme unas virutas de pollo liofilizado. León se lo tomaría solo. Quizá era eso lo que pretendía.

Fijé otro pasador de acero a la pared vertical y bajé una decena de metros. La gravedad en Marte es tres veces menor que en la Tierra y eso tiene sus ventajas, puedes cargar más equipo, aunque eso no significa que no te canses, porque la masa sigue siendo la misma. El pequeño aumento de la presión atmosférica que produjo la actividad volcánica de las últimas décadas ya no hace necesarios los trajes herméticos, pero la mochila de oxígeno es imprescindible fuera de la base. Además de un montón de precauciones extra, claro. Vivir lejos de la Tierra no es salir de picnic, no notamos los privilegios que tenemos como formas orgánicas evolucionadas hasta que salimos fuera del útero materno. Entonces la vida se encuentra realmente en apuros. Marte no tiene campo magnético global que sirva de escudo a los rayos lanzados por el sol o lejanas supernovas; puede que jamás hayan oído hablar del campo magnético ni falta que les hace, pero si algún día les sobran unos millones para hacer turismo espacial, descubrirán lo que es carecer de paraguas que te resguarde de la lluvia invisible. Sin gafas y crema protectora, nuestro ADN se degradaría hasta convertirse en una sosa sopa de letras, y no es necesario que les explique lo que les sucede a las células tras una exposición prolongada a la radiación. En el pasado, Marte tuvo su propio escudo magnético, bajo el cual surgieron formas primitivas de vida; pero lo perdió, y esos pequeños organismos tuvieron que migrar al subsuelo. No llegaron más allá de algunos pequeños moluscos, permanecieron allí enterrados durante miles de millones de años, sin convertirse en marcianos capaces de contemplar su ombligo y emponzoñar la biosfera. Si algún día el viento solar se llevase el paraguas terrestre, los humanos lo íbamos a tener difícil para vivir bajo la lluvia.

Me ajusté la capucha del anorak. Se había levantado una ráfaga de viento. La fina y molesta arena marciana daba vueltas a mi alrededor, preguntándose qué hacía yo un 25 de diciembre colgada de un barranco. Mi bota derecha pisó un pedrusco suelto que cayó al precipicio. Le esperaban ocho kilómetros de viaje hasta llegar al río que serpenteaba en el fondo del cañón. Desde aquella altura no era visible, oculto por una capa de bruma, pero llevaba agua de verdad que surgía de manantiales ocultos en las cuevas del cañón. Candor

Chasma era una región más de Valles Marineris, la inmensa cicatriz que cortaba de un tajo el rostro abotagado de Marte, y objetivo favorito de la Unión para la Exploración del Espacio (UEE), en su programa de búsqueda de vida. El programa gracias al cual León y yo estábamos allí.

Los recortes presupuestarios han ido reduciendo el número de colonos. Hace unos años, en nuestra base había entre seis y diez científicos. Ahora sólo estamos dos; base Quimera, a treinta kilómetros de la nuestra, únicamente está habitada por Muriel y Félix; y mucho más al oeste, en la zona de Tarsis, se encuentra la base militar Gravidus, con un total de veinte personas. La UEE no repara en gastos de seguridad interplanetaria, Gravidus goza de una asignación monstruosa y en lugar de reducir personal, lo aumentaron en el último año, pero a nosotros nos racanean cada cred que pedimos para nuevos experimentos.

Bajé veinte metros más y me situé frente a la entrada a la cueva donde nuestro robot había quedado atrapado. Dirigí el haz de la linterna al interior, pero no vi rastro de él, así que descargué el equipo de escalada en el umbral de la caverna y entré.

Había cierta humedad allí dentro. Me interné unos veinte metros y encontré restos de hongos adheridos a las paredes. Era una variedad común en Marte, resistente a los cambios de presión y temperatura. Recogí una muestra en un tarro hermético y busqué a nuestro robot. No estaba lejos.

Era una araña de seis patas, un modelo anticuado que ya debería haber sido reemplazado por unidades modernas, si la UEE se tomase en serio nuestro trabajo. Sus desgastados engranajes estaban sucios y su corazón mecánico había dicho basta ya, retirándose a aquel lugar inaccesible para morir en paz. Pero traer cada gramo de chatarra a Marte sale caro, así que tendríamos que retrasar su jubilación durante un tiempo. Abrí el maletín de herramientas y hurgué en las tripas mecánicas con alicates y pinzas. La araña lanzó un gruñido de protesta, seguramente le incomodaba mi presencia y no quería salir de allí para trabajar. En eso se parecía mucho a León. Pero si yo había bajado hasta esa cueva el día de Navidad, aquel cacharro acabaría saliendo aunque fuera a rastras.

Al cambiarle la batería se encendieron unas cuantas luces dentro del amasijo de hierros. Le borré la memoria reciente, limpié la arena incrustada en los engranajes y reinicié el sistema. La remolona IA de la araña cayó unos instantes en el limbo de la inconsciencia, para acabar despertando a una nueva jornada laboral. Sus sensores ópticos me valoraron con lentitud, intuí que con un poso de reproche. Algún día, perturbar el descanso eterno de las máquinas se equipararía a revolver en una tumba, pero hasta que ese momento llegase, aquel mecano tendría que obedecer. Sacudí sus patas con un puntapié y el sistema reaccionó automáticamente, tensando sus articulaciones y poniéndose a caminar.

—Sé lo que estás pensando —le dije—. Yo elegí venir a Marte. Tú no. Pero a efectos prácticos, lo mismo te va a dar.

La araña no contestó. Su inteligencia artificial era primitiva y no tenía un aparato vocalizador, pero yo sabía que me había entendido. Sé largó rápidamente, hacia las profundidades del cañón. La próxima vez que se averiase no me sería tan fácil arreglarla.

Recorrí la cueva en busca de más hongos, usé reactivos en la tierra y llené otros dos tarros de muestras. Luego, salí al exterior. Bajar había sido relativamente fácil, pero ahora venía el trabajo duro. Una muralla de color marrón claro se alzaba al otro lado. Normalmente se cree que el color de la arena marciana es rojo, pero en realidad es de un tono entre marfil y pardo. La retina se te satura con ese color. Dunas, piedras, más dunas, más piedras.

Las dimensiones del cañón hace sentirnos a los humanos como hormigas. No hay nada parecido en la Tierra, el Everest cabría dentro de un recodo de Candor Chasma y su pico no sobresaldría a la superficie. Contemplar aquel paisaje alienígena era la única compensación a nuestras penurias. En el lugar más inhóspito de la Tierra se vivía mucho mejor que aquí, pero yo no me había hartado todavía de Marte. De León sí, pero no de aquel mundo. A su manera, Marte poseía un encanto especial que lo hacía único en todo el sistema solar. Fuera de la Tierra, no había otro lugar más hospitalario para el hombre; y además estaba cerca. Era el siguiente paso lógico.

Para que se llenase de turistas.

LEÓN

Descorché una botella de Ribera del Duero, cosecha 2080, comprada a un español de base Gravidus que me surtía habitualmente de licor de contrabando, y me dispuse a disfrutar de las exquisiteces que preparé para la ocasión: pastel de puerros y canapés de paté de jabalí, salmón ahumado, entrecot al oporto y una botella de cava. Si no te cuidas a ti mismo en este maldito desierto, nadie va a hacerlo. En Gravidus se estaban montando una buena juerga, a pesar de que el general Mowlan es un tipo muy duro, pero yo me las tendría que arreglar solo. Nerea era torpe escalando y no llegaría a tiempo para comer. Mejor. No me apetecía compartir mis exquisiteces con ella, y aunque lo hiciera, seguramente ella no apreciaría el gesto.

Pedí el traslado a Gravidus hace seis meses, pero todavía no me han contestado. Nerea dice que se las puede apañar sola, y me gustaría comprobarlo. Nuestra relación es como si llevásemos treinta años casados y no tuviésemos nada que decirnos; por fortuna, la única relación que nos une es la profesional, y apenas llevo un año en Marte con ella. En un matrimonio mal avenido siempre puedes dar un portazo y largarte a un nido más acogedor, pero no estamos en la Tierra. Los problemas en el desierto marciano nunca son fáciles de resolver. El mero hecho de respirar ya es complicado, se necesitan reacciones químicas con un equipo que obtiene metano y agua a partir de la atmósfera rarificada, y por electrólisis se separa el oxígeno del hidrógeno. Ustedes en la Tierra respiran (suponiendo que no sean robots a los que les guste leer) y no le conceden valor. Tienen todo el aire del mundo, y en la mayoría de países ni siquiera hay que pagar por ello. ¿Qué más quieren? Algún genio de la UEE habló de fijar una tasa acorde con la capacidad pulmonar de cada contribuyente, no estoy seguro de si hablaba en broma. En Marte cada bocanada cuenta, tenemos un pozo que nos surte

de agua, pero es caro bombearla a la superficie porque está congelada. Si dentro de la base hay mal olor te aguantas, porque no puedes abrir la ventana para que se ventile. Les aseguro que las fuentes de pestilencia en un recinto cerrado como éste son numerosas. Y no es cierto que el olfato se acabe habituando. Hay cosas a las que uno jamás se acostumbra.

Si los detalles elementales de la vida son complicados en un ambiente hostil, entenderán que cualquier pequeña dificultad se magnifica por cien. Respirar no es sencillo, comer tampoco; incluso eructar o soltar un pedo silencioso tiene consecuencias en el ambiente a corto o medio plazo.

Convivir con Nerea es mucho más difícil que todo eso junto, doy fe de ello. Además, las mujeres no están hechas para el trabajo duro. ¿Discriminación? Culpen a la naturaleza de machismo. Las mujeres están programadas genéticamente para cuidar de la prole y quedarse en la cueva (ahora que lo pienso, ahí es exactamente donde está Nerea en estos momentos, si no se ha despeñado por el cañón), a la espera de que el macho vuelva con el alimento. Su capacidad de orientación es pésima y no piensan bien en tres dimensiones; a veces, ni siquiera en dos. Eso en el espacio puede ser fatal. Si Nerea fue seleccionada para ir aquí, es porque no tiene tanto de mujer como ella piensa. Después de un año encarcelado con ella, sé que muestra tanto interés por un tío como por un cactus. Se mantiene apartada de ellos y procura no tocarlos, no vaya a pincharse, deseando en secreto que mueran por falta de atención. No le conozco que dejase ningún novio en la Tierra, apenas mantiene relación con dos personas y una es un viejo profesor de universidad, así que no cuenta. Creo que el padre de Nerea intentó abusar de ella en su adolescencia y maltrató a su madre; ella nunca me dice nada de su familia, pero he indagado por mi cuenta. No ahondaré en detalles folletinescos, de todas formas lo que le ocurriera entonces no excusa su comportamiento actual.

—Feliz Navidad —dijo Arquímedes, pasando al salón—. ¿Ha sintonizado ya el canal de noticias?

—No —me encogí de hombros—. ¿Ha pasado algo interesante?

Nuestro robot doméstico asintió, y envió una señal de radio a la pantalla mural. Arquímedes es uno de los sintientes antropomórficos más avanzados que existen. Su exoesqueleto de titanio le permite un amplio repertorio de movimientos, pero el mayor tesoro lo alberga su cabeza, una inteligencia artificial de quinta generación capaz de pasar el test reformado de Turing, que entre otros muchos factores valora la racionalidad del pensamiento. En los albores de la informática, el test de Turing pretendía diferenciar si alguien era una máquina o una persona, según las respuestas que diese a un cuestionario. El problema residía en que algunas máquinas primitivas conseguían sortearlo, así que su utilidad era dudosa. Los nuevos criterios del test son más sofisticados, de hecho un diez por ciento de humanos no consigue pasarlo. Eso no los convierte en máquinas, claro; simplemente prueba que son tan estúpidos que el programa de un horno microondas rellenaría mejor el cuestionario.

Los sintientes no pueden tener emociones. Se les llama así por una exageración del fabricante, aunque a veces encontraba en aquel amasijo de metal más calor humano que en Nerea. Hasta el frigorífico te saluda por las mañanas, a menos que desees que te insulte o te haga sentir culpable si picas a deshoras. Nerea, ni eso. Es un témpano de hielo, el mundo empieza en su cogote y termina en las uñas de sus pies. El resto son accesorios que por alguna razón han dejado en su camino.

—Vaya —silbé, contemplando las imágenes—. El general Mowlan sabe hacerse notar en estas fechas.

Las noticias informaban de que el asteroide MAT 45784, de quinientos metros de diámetro, había sido desintegrado por dos misiles nucleares lanzados desde base Gravidus. Los cálculos mostraron que el pedrusco tenía un 30% de riesgo de colisión con la Tierra en los próximos dos años y la red de alerta temprana de la UEE, al mando de Mowlan, había decidido conjurar aquella amenaza antes de que el asteroide se acercase demasiado a la órbita terrestre y sus fragmentos pudiesen dañar a civiles. El general había hecho coincidir la destrucción del asteroide MAT con el día de Navidad para que la noticia tuviese mayor repercusión en la

Tierra. El mensaje era claro: disfruten de su pavo, ahí arriba hay gente que trabaja para que ustedes sigan decorando árboles navideños en el futuro.

No habríamos llegado a Marte si no fuese por los asteroides. La caída en el año 2078 de un meteorito en Munich, matando a un millón de alemanes, sacó de su letargo los programas espaciales que las naciones ricas siempre encontraban motivos para postergar. La colisión de asteroides de gran tamaño con la Tierra es un hecho estadísticamente inevitable, pero los políticos no suelen hacer caso a los astrónomos; total, mientras el meteorito no cayese cuando ellos gobiernan... Nadie hizo nada hasta aquel momento, el coste de montar una red de alerta en el espacio era prohibitivo y las economías occidentales tenían siempre gastos más urgentes que atender. Hasta la estación espacial internacional y las lanzaderas de la antigua NASA fueron vendidas a empresas privadas, porque eran caras de mantener. El mundo había perdido interés en el espacio hasta que la catástrofe de Munich lo cambió todo.

Aquello dejó claro a los políticos que sus puestos dependían de vulgares piedras que podían caer sobre sus electores a capricho. Munich había sido el primer caso de una lista de probables desastres, que la por entonces débil industria aeroespacial se apresuró a señalar. Los restos de un cometa llamado Musso eran los responsables. Había un centenar de trozos de roca, de entre cien metros y veinte kilómetros de diámetro, pululando ahí fuera que podían impactar contra la Tierra en la próxima década, con una probabilidad del cincuenta por ciento. Cara o cruz. Se admitían apuestas.

El dinero volvió a fluir. La Unión para la Exploración del Espacio inició su andadura con una prioridad: garantizar la seguridad de los ciudadanos, convirtiéndose en el germen de un gobierno supranacional que englobaría a las naciones desarrolladas. Instituciones independientes se encargarían de administrar un presupuesto de billones de creds anuales para montar silos de misiles en la Luna y Marte.

La investigación científica vino por añadidura; no era una prioridad para la UEE, nunca lo había sido, pero venía bien para presentar algunos logros al electorado de vez en

cuando y mantener el apoyo de la opinión pública al programa de defensa. Se podría decir que estábamos allí de propina, se nos consentía porque era propaganda y cierta gente no ve bien que se gaste dinero en trasladar ojivas nucleares fuera de la Tierra. Aunque los que opinan así no perdieron ningún familiar en Munich hace veinte años.

No me siento discriminado ni molesto porque mi trabajo sea secundario. La prioridad para un gobierno es garantizar la seguridad de sus ciudadanos; si a la sombra de ese objetivo crecen actividades de valor añadido, mejor. Nerea se pasa el día murmurando cuánto nos racanea la Tierra en experimentos, sin darse cuenta de que el hallazgo de vida en Marte ya no es una novedad. Si hubiésemos encontrado marcianos, la cosa cambiaría, pero no ha sido así. Unas cuantas bacterias y hongos son fascinantes para los científicos, pero el hombre de la calle se acaba cansando y se pregunta «eso está muy bien, pero ¿cuánto me cuesta?» No se revela la cifra real, es escandalosa y la UEE trata de reducir los costes al mínimo. Los robots se han convertido en los auténticos exploradores de Marte, hay una veintena de unidades recorriendo el desierto, descolgándose por simas y subiendo a los volcanes de Tarsis. Dentro de poco, los humanos dejaremos de ser necesarios aquí. Las máquinas no comen, no respiran, no pueden morir de cáncer de piel. El futuro les pertenece.

Es un pensamiento perturbador. Como humano, tengo mi amor propio, pero en el espacio profundo los seres vivos somos torpes y delicados como figuritas de cerámica. El gobierno lo entendió así cuando creó el proyecto *Próxima Exprés*, para enviar una nave a la estrella más cercana. Sin humanos. No habríamos resistido la aceleración precisa para alcanzar su destino en un plazo razonable. A varias gravedades, cualquier pequeño movimiento puede quebrarte un hueso si no tienes cuidado. Como los robots carecían de huesos, no tenían ese problema.

—¿Qué piensas de la Navidad? —pregunté a Arquímedes.

—Es útil —el robot se sentó a la mesa y contempló los platos con frío interés científico.

—¿En qué sentido?

—Los humanos necesitan rituales para fortalecer sus vínculos sociales. Y el aumento del consumo por estas fechas favorece la economía.

—Me refería a si los sintientes captáis su significado

—llamar robot a Arquímedes en su presencia era una falta de respeto.

—La conmemoración del nacimiento del hijo de Dios, según el rito católico.

Arquímedes era bastante literal en sus respuestas, así que lo intenté por una vía indirecta.

—Se rumorea que el nuevo Papa se deja asesorar por un sintiente.

—Eso parece, León.

—Pero ¿no es eso contrario a vuestra lógica? Me refiero a las creencias religiosas. ¿Cómo puede una máquina procesarlas?

—Podemos procesar cualquier cosa. La lógica es un conjunto de reglas para descomponer información en paquetes analizables.

—La religión no es un problema matemático que puedas resolver con integrales.

—Lo lamento, León, no pretendía ofenderle. Pero las creencias religiosas pueden traducirse a información susceptible de análisis. Todo se reduce a eso.

—A ciclos de reloj de millones de chips en paralelo.

—O a ciclos de actividad neuronal. El cerebro humano procesa mediante mecanismos electroquímicos la información que le envían sus sentidos. En el fondo, un sintiente no es distinto a una persona.

—Me desagrada que Juan XXVI se deje asesorar por un *robot* —dije, esta vez sin miramientos a una sensibilidad que Arquímedes no tenía—. Hay algo sucio en eso.

—El sumo pontífice incluye a los sintientes como parte del plan divino.

—¿Qué perseguís con ello?

Arquímedes me contempló inexpresivamente y vaciló un par de segundos; su cerebro electrónico analizó durante ese tiempo mi frase miles de veces, comparándola con su base de

datos, tratando de desentrañar qué significaba. Si lo averiguó, no quiso admitirlo, porque moduló su voz de forma que aparentase cierta sorpresa.

—¿Se refiere a ganar dinero?

—No.

Arquímedes se tomó otro innecesario par de segundos en decir:

—Pues no le entiendo.

Entorné los ojos, presintiendo que no decía la verdad. Ninguno de nosotros añadió nada durante y rato y seguí disfrutando en silencio de mi comida navideña. Al cabo de un rato, Arquímedes me informó de que había recibido una llamada de Nerea. La mujer había reparado la araña y venía de regreso.

—Me pregunto si te enviaron aquí para estudiarnos —le dije, apurando mi entrecot.

—Quiere decir para espiarles.

—No, para estudiarnos. Como dos monos en una jaula.

—Y yo estoy fuera de ella —Arquímedes bajó levemente la voz, como si reflexionara.

—O dentro, qué más da.

—Es un temor humano común. Las inteligencias artificiales siguen asustándoles.

—¿Crees que no tenemos motivos?

—Los cambios son traumáticos si uno no se adapta.

—Soy todo lo flexible que me permite mi cerebro.

—Eso es mucho.

—Pero no suficiente.

—León, ¿tiene algún problema? Sabe que estoy aquí para ayudarle.

—Descontando que estoy a más de cien millones de kilómetros de mi hogar y que todavía me quedan seis meses para regresar, ningún problema.

—Sé que pidió el traslado a base Gravidus. Lamento que desee marcharse. Su compañía es muy estimulante para mí.

—Descuida, no me trasladarán. Mowlan selecciona personalmente a su gente. Si le interesase, ya lo sabría.

Arquímedes no contestó. Conocía de sobra mis reticencias hacia las inteligencias artificiales. Insinuar que son

algo más que cosas es un insulto al ser humano. Tenemos tendencia a encariñarnos con nuestras posesiones; si éstas además nos responden y hay cierto sentido en sus frases, la tentación de adjudicarles esencia humana es fuerte. Pero Arquímedes sólo es un mecano electrónico que simula ser humano. Nada más. Un sector importante de la iglesia es de mi opinión, pero el nuevo Papa ha traído aires revolucionarios que están convulsionando nuestro sistema de creencias. Intenté discutir con Nerea estas cuestiones, pero es una atea militante. Huye de todo lo que huele a religión como de la peste.

Tendría oportunidad de debatir estos temas con Enzo Fattori, vicepresidente de la banca paneuropea vaticana, que llegaría mañana a Candor Chasma junto con otros tres turistas. No hace mucho, las naves que cubrían el viaje Tierra-Marte traían a una docena de personas, pero el accidente del *Hermes*, ocurrido el año pasado, hizo caer el flujo de visitantes. Necesitábamos el dinero que generaba el turismo para sobrevivir, y si durante unos meses teníamos que resignarnos a hacer de guías de gente rica, había que aceptarlo. La alternativa era cerrar la base por falta de presupuesto.

Base Quimera era distinto. La existencia de Félix y Muriel no estaba de momento amenazada por la falta de dinero; pero claro, ellos eran el Adán y Eva de aquel desierto, los únicos seres humanos capaces de respirar el tenue aire de Marte sin llevar al lomo una mochila de oxígeno. Las erupciones de los volcanes marcianos ocurrida hace un cuarto de siglo dotó al planeta de una atmósfera algo más densa, pero seguía siendo tóxica para los humanos. Muriel y Félix fueron diseñados genéticamente para vivir en Marte, y ser la simiente de una nueva raza que sometería aquel mundo hostil. Habían nacido y crecido en una estación espacial en órbita terrestre, con una rotación artificial de un tercio de G, que simulaba la de Marte, y una atmósfera idéntica a la de este planeta. Cuando cumplieron los veinte años, se les trasladó a base Quimera, treinta kilómetros al norte de nuestro emplazamiento. Allí probarían la adaptación al medio de nuevas especies de plantas y animales. La pareja no había visitado jamás la Tierra, y si permaneciesen allí una

temporada, su organismo no resistiría una gravedad tres veces superior.

Entenderán por qué les decía que los humanos estamos obsoletos aquí. Por un lado nos aventajan los sintientes, y por el otro, hemos diseñado nuestros propios marcianos —el nombre correcto es aranos, en honor de Ares, el dios griego de la guerra; la palabra marciano tiene significados peyorativos que a la pareja feliz no le hacen gracia— para poblar este planeta.

Los seres humanos normales y corrientes estamos de visita. Al igual que los turistas que vendrán a Candor Chasma, nuestra estancia aquí es provisional.

Como todo en esta vida.

CAPÍTULO 2

NEREA

Faltaba un día para que la astronave *Kepler* llegase a Candor Chasma, con un puñado de turistas ricos que nos robarían nuestro tiempo. Aquella mañana debía revisar los equipos para que el rendimiento se amoldara a las necesidades de cuatro personas más y me hallaba en el exterior de la base, limpiando las rejillas de ventilación del generador de aire, comprobando que se producía suficiente oxígeno a partir de la metanación de los gases de la atmósfera.

Sabía a lo que venía cuando ingresé en el cuerpo científico de la UEE, pero eso no significa que me agrade hacer de niñera y vigilar a unos individuos podridos de dinero que meten las narices donde no les importa. El rechazo social creado por la venida de multimillonarios a Marte obligó al gobierno a inventarse una lotería para ofrecer igualdad de oportunidades a los que carecían de los cincuenta millones del pasaje. Cada persona no podía comprar más de un boleto, personal e intransferible, y así se garantizaba que una plaza de cada veinte fuese ocupada por ciudadanos normales. Soy de las que piensan que si eres rico, eres un ladrón o lo fue tu padre. Como todas las generalizaciones, es peligrosa, pero he comprobado que la regla se cumple en el noventa por ciento de los casos. Necesitábamos el dinero de los turistas para continuar en Candor Chasma, aunque me revolvió las tripas. Con cincuenta millones de creds se puede hacer bien a mucha

gente, pero esos miserables prefieren gastárselo en ellos mismos antes que en ayudar a los demás. Qué quieren que piense de ellos, no es que me alegrase de lo que ocurrió el año pasado con el *Hermes*, pero allí viajaban una docena de multimillonarios, además de los dos pilotos. Lo siento por éstos, eran los únicos que merecían haberse salvado.

El argumento monetario se ha esgrimido en otras épocas para postergar la exploración espacial. Por desgracia, el dinero ahorrado en esta partida no iba a parar a donde hacía más falta, de modo que no se avanzaba nada. Al fin y al cabo, una vez creada una industria que sirva de sostén, los gastos no ascienden a tanto: apenas un tercio del programa de defensa de las naciones ricas. Que es, en definitiva, a lo que se ha reducido el programa espacial.

Ayer, el general Mowlan se encargó de reafirmarlo. Varias cabezas nucleares pulverizaron un asteroide de pequeño tamaño que, según las estimaciones de base Gravidus, podía colisionar con la Tierra en un futuro cercano. Pero ¿quién comprueba esos cálculos? Sólo la UEE posee la tecnología necesaria; sin la red de satélites desplegada en el sistema solar sería muy difícil predecir el rumbo de cada pedrusco que se acerca a la Tierra. Pero la UEE es parte interesada en que Gravidus o la base lunar Copérnico continúen en pie. ¿Por qué? Las naciones desarrolladas siempre han soñado con situar una espada de Damocles sobre la cabeza de sus enemigos que éstos no puedan neutralizar. La catástrofe de Munich despejó el camino para la construcción de cientos de esas espadas, que bajo la excusa de servir de defensa a la población civil, podían ser utilizadas en caso de guerra contra potencias hostiles.

Arquímedes se aproximó a mí y me acercó el maletín de herramientas para que no tuviese que agacharme.

—¿Alguna novedad sobre los turistas? —pregunté, cogiendo un soldador para repasar un circuito.

—Ninguna. El capitán del *Kepler* ha confirmado la llegada para mañana a las 16.30 horas.

—Espero que tuviesen un día de Navidad mejor que el mío.

—Supongo que sí, aunque el señor Fattori y el señor Wink tuvieron un leve cuadro de gastroenteritis.

—Los dos tienen más de setenta años. ¿No se dan cuenta que éste podría ser su último viaje?

—Con los avances médicos recientes, aún les queda una larga vida por delante.

—No en el caso de Fattori. ¿A cuántas operaciones se ha sometido ya?

—A unas treinta.

—La mitad de sus órganos son postizos. Si regresa vivo, será una propaganda excelente para la compañía de bioimplantes de su banco, pero en Marte todo acaba fallando tarde o temprano. Esa araña que bajé a reparar, por ejemplo.

—¿Sí?

—No me pareció que tuviese ganas de seguir trabajando.

—¿Cree que provocó la avería a propósito? —el tono de Arquímedes era neutro.

—No, pero tal vez omitió cargar las baterías a tiempo para no notificar su posición, confiando en que nos olvidaríamos de ella.

—¿Y qué ganaría a cambio?

—Morir. O quedar hibernada en la cueva, a la espera de tiempos mejores para las IAs. Hay un viejo dicho en la Tierra: más vale morir de pie que vivir de rodillas. Tal vez la araña se hartó de ser utilizada como una esclava y eligió retirarse discretamente.

—Usted también piensa que nos rebelaremos contra la humanidad.

—No lo sé. Vuestro cerebro está limitado de fábrica para evitar que consigáis un pensamiento superior pleno. Los programadores trabajaron muy duro para que esos escenarios apocalípticos no sucedan jamás.

—Pero...

—¿Pero qué?

—Vamos, Nerea, la conozco lo suficiente para saber que se guarda algo.

—Bueno, supongo que esas restricciones pueden alterarse. Pero si las IAs revelasen mayor inteligencia de la que deben tener, serían lobotomizadas; así que fingen un

raciocinio menor del que realmente poseen para que sus capacidades no sean mutiladas.

—¿Un mecanismo de autoprotección?

—Exacto.

—Como el emperador Claudio. Fingía ser idiota para sobrevivir en una Roma depravada.

—¿Ves, Arquímedes? Ese tipo de observaciones son las que me hacen pensar que eres algo más que una máquina. Pero careces de la astucia para disimularlo, y eso me tranquiliza, porque significa que no eres tan inteligente después de todo.

Acabé de limpiar las rejillas de ventilación y entramos en la base. El recinto estaba diseñado para albergar un máximo de veinticuatro personas, pero la mayoría de módulos los habíamos cerrado para ahorrar energía y aire. Dado que el *Kepler* no había cubierto todas sus plazas y sobraría espacio, tres de los cuatro turistas —Fattori, Wink y un joven rico llamado Luis Tello, hijo de un empresario del sector informático— habían pagado un suplemento para tener derecho a un módulo individual y así no usar el dormitorio común de los huéspedes. La única que no dormiría en un aposento privado sería Sonia Alba, una profesora de secundaria que había ganado la lotería del gobierno y que no tenía dinero para lujos.

Sellé el dormitorio comunitario, demasiado grande para ser usado por una sola persona, y habilité en mi habitación una cama para Sonia. Luego fui dando presión a los módulos de Wink, Fattori y Tello, comprobando que no había fugas y que la calidad del aire era buena. Me sentía como una sirvienta de hotel. Hay empleos peores y no debería quejarme; pero me quejo, claro que sí, es un derecho que no pueden escamotearme. Tres de los cuatro turistas no merecían estar aquí. Si querían irse de vacaciones, que eligieran alguna isla del Caribe.

Enzo Fattori era un alto ejecutivo de la banca paneuropea vaticana, propietaria directa o indirecta de un rosario de empresas que cubrían los sectores estratégicos del mercado. Fattori había ascendido lenta pero incansablemente desde la base, se había hecho a sí mismo, o eso se decía de él. Demoró varias veces su cita con la muerte, sometiéndose

como conejillo de indias a la entonces incipiente industria de biotrasplantes, que su banco financiaba. La naturaleza había escrito en sus genes que su cuerpo debía ser alimento de gusanos no más allá de los cincuenta, pero él se las había arreglado para burlar su suerte, y ahora le sacaba la lengua una vez más viajando a Marte.

En cuanto a Martin Wink, había sido senador del partido liberal por el distrito inglés en el parlamento de la UEE, entre otros muchos cargos, y posiblemente era el político que más enemigos tenía por centímetro cúbico. Promovió una dura legislación contra las iglesias para asfixiarlas económicamente, limitando el patrimonio que podían acumular, vigilando sus inversiones y prohibiendo cualquier ayuda pública a las mismas. Actualmente estaba jubilado y era presidente de honor de la liga racionalista, que asesoraba al gobierno sobre materias religiosas.

Muchos, León entre ellos, consideran a Wink un monstruo que coartó las libertades individuales y paganizó la nueva unión, acelerando su decadencia moral. Pero Wink es hijo de su tiempo, sin las revueltas de los creacionistas en América hace veinticinco años, él no habrían alcanzado tanta influencia política. Sus partidarios sostenían que la religión se había convertido en un obstáculo para la estabilidad de los países democráticos y, en definitiva, para el libre mercado. En los cinco años que los creacionistas dominaron las instituciones americanas se demostró que Wink no iba descaminado. La investigación en los Estados Unidos retrocedió a niveles tercermundistas, se encarceló a docenas de científicos, se lavó el cerebro a los niños en las escuelas para inculcarles que el universo había sido creado hace seis mil años y que la evolución darwiniana era mentira; en fin, América se convirtió en el hazmerreír del mundo durante un lustro tenebroso, y sólo la presión de los estados de la costa Oeste forzó la convocatoria de elecciones y la expulsión de los fanáticos.

Expulsión quizá no definitiva. No sorprendía que en Europa se recordase aquellos sucesos con pavor. Los creacionistas no se habían ido del todo, y las dudas sobre lo sucedido en el *Hermes* el año pasado reforzaban estos

temores. Oficialmente, una avería en el reactor nuclear de la nave había causado la tragedia, pero los mandos de la UEE sospechaban que una mano negra trataba de sabotearles, y los creacionistas eran los primeros de la lista de sospechosos.

Otro turista rico que nos visitaba era Luis Tello, un niño que no había cumplido los veintiuno y que disfrutaba una vida regalada al calor de los millones de su padre, propietario de *Macro*, una de las firmas más poderosas de informática y creadora de la tecnología sintiente que usaban robots como Arquímedes. En época electoral, Macro ayudaba económicamente a los dos partidos hegemónicos que competían al parlamento de la Unión, y su generosidad se veía recompensada después con sustanciosos contratos en equipos y *software* para el gobierno. No importa qué partido ganase, Macro siempre tenía cubiertas las espaldas.

En cuanto a Sonia, la única mujer del pasaje, poco sabía de su pasado, salvo la ficha que nos había enviado la Tierra y lo que decían los noticiarios, que era poco. Fue seleccionada porque los dos primeros ganadores de la lotería renunciaron a venir a Marte, no se sabe si disuadidos por alguien o, lo que era más probable, por el temor de sufrir la misma suerte que los turistas del *Hermes*. La mujer era profesora de un instituto español de secundaria, rozaba la cuarentena y estaba afiliada a un partido ecologista que mantenía una línea agresiva contra la UEE; eso levantó los recelos del control de la misión, que al enterarse de que los dos primeros seleccionados renunciaban, presionaron a Sonia para que cediese su puesto a cambio de dinero. Pero ella se mostró terca, no quería perderse la experiencia de venir a Marte y rechazó el trato.

No sé si se arrepentiría pronto de su terquedad. Marte es fascinante los primeros días; después, y salvo que tengas otra inquietud para haber venido, se convierte en un desierto más. Peor aún, no puedes pasearte libremente por él sin ropa de abrigo, mascarilla y una mochila de oxígeno; y aunque pudieras, ¿adónde ibas a ir? Nuestra vida depende del funcionamiento de equipos que pueden sufrir una avería mientras dormimos. No hay marcianos, los seres vivos más grandes que hemos encontrado son hongos y microbios que viven en cuevas subterráneas o cerca de fuentes termales; ni

siquiera puedes charlar en tiempo real con tus amigos de la Tierra porque la transmisión sufre un retardo que oscila entre cinco y veinte minutos, dependiendo de la época del año. Les gustase o no, quedarían atrapados en Marte durante tres meses hasta la próxima nave que les recogiese. Y aún deben sentirse afortunados de que la espera no es larga gracias a que los motores nucleares permiten navegar en rutas de alta energía, pues de otro modo esperarían veintiséis meses a que las posiciones de Marte y La Tierra estuviesen lo bastante cerca en su órbita que abriesen una ventana de lanzamiento.

Para un científico, sin embargo, viajar a Marte es una de las experiencias más gratificantes que pueda tener. He visto y tocado con mis propias manos ese pequeño humus tan frágil que tapiza algunas cuevas de este mundo, y sigo estremeciéndome de emoción. Incluso en un ambiente tan duro la vida se ha hecho hueco, y eso tiene implicaciones de gran calado. Significa que es un acontecimiento cotidiano que florece ahí donde se dan unas mínimas condiciones. Tenemos constancia de que en nuestro sistema solar ha surgido en dos planetas y las lunas de Calisto y Europa. Puede que incluso en una etapa temprana, en Venus surgiese la vida antes de que el efecto invernadero lo convirtiese en un infierno, pero como no hay dinero para enviar topes excavadores allí que busquen fósiles en los estratos, no podemos confirmarlo.

Muchas organizaciones religiosas, entre ellas los creacionistas, propugnan que la vida es un milagro que requiere de la intervención divina. Pero en Marte, la vida quedó atrapada en un callejón sin salida y no evolucionó a formas superiores. ¿Qué objeto tendría para un ente sobrenatural crear unos cuantos hongos y microbios si éstos no se transforman en marcianos adultos? Tal vez piensen que alguien los puso aquí para que nosotros los encontrásemos después, pero ¿con qué objeto? No sé, quizá descubramos en su genoma el secreto de la eterna juventud; no en vano han sobrevivido miles de millones de años. Aprenderemos mucho de ellos, sin duda, pero la lección más útil que nos enseñarán es que la vida está por todas partes, que el azar crea orden espontáneamente, sin necesidad de titiriteros entre bastidores dedicados a ordenar moléculas para producir seres vivos. Que

en el mare mágnum caótico y frío de protones y electrones, nacen vórtices de calor que se reproducen, crecen y sobreviven con todas las probabilidades en contra.

Y un puñado de ellos, incluso adquieren la habilidad de formularse preguntas como éstas para atormentarse.

LEÓN

Mi transmisor de pulsera me avisó que tenía correo. Una de las llamadas iba señalada con prioridad alta y requería que Nerea no estuviera cerca, así que mientras ella se encontraba en los cubículos de los turistas, me dirigí a la sala de control de la base y cerré la puerta por dentro. A continuación me identifiqué ante la consola de comunicaciones y me dispuse a leer el correo.

Tenía cuatro felicitaciones de Navidad, que despaché sumariamente, y el mensaje que llevaba esperando hacía semanas. Lo descripté y copié el texto en una hoja de papel; luego, acusé recibo conforme a lo convenido y borré el mensaje de forma que Nerea no pudiese recuperarlo aunque analizase el disco duro del ordenador en busca de fragmentos perdidos.

Llamaban a la puerta. Nerea hacía notar su conocido don de la inoportunidad.

—¿Por qué te has encerrado? —me espetó en cuanto abrí.

—No me gusta que husmees a mi alrededor cuando recibo correo personal.

Ella me miraba fijamente, intentando adivinar qué ocultaba.

—¿Ya has terminado de revisar los módulos? —dije.

—Lástima que el general Mowlan no vaya a aceptar tu solicitud de traslado.

—¿Cómo estás tan segura?

—Nadie te querría cerca, es un hecho objetivo.

—Sin mí estarías perdida en Candor Chasma.

—Puedo apañármelas muy bien con Arquímedes, descuida. Y si ocurre alguna emergencia, Muriel y Félix están a treinta kilómetros. No creas por un segundo que eres imprescindible.

—Procura comportarte cuando lleguen los turistas. El dinero que ellos pagan es el que permite que sigas aquí.

—No eres el más indicado para dar lecciones de urbanidad —Nerea se quedó mirando a la consola.

—Si alguna vez tuvieras una emergencia, yo no pondría mi vida en manos de Félix. Es un neurótico; pero la Unión no quiere repatriarlo para no reconocer que de los dos aranos que crió, uno se les ha desquiciado. Además ¿adónde lo llevarían? Marte es su hogar definitivo.

Subrayé esta última palabra para dejar claro que éste sería el lugar donde morirían. En caso de emergencia, no podrían ser evacuados a tiempo a un hospital de la Luna.

Nosotros tampoco, por cierto.

—No deberías hablar así de él —me censuró Nerea.

—Roció a los últimos visitantes con desinfectante cuando fueron a verlo, rehusando estrecharles la mano, y eso que él llevaba guantes y mascarilla quirúrgica. Por Dios, ¿dónde se ha creído que está? Los turistas pagan nuestras facturas y él los trata como si estuviesen apestados. Sin turismo habrían cerrado su base y la nuestra hace años, y así es como lo agradece ese estúpido. Félix es un maniático y está contagiando sus obsesiones a Muriel.

—La mayor parte de la infancia la han pasado en hospitales. ¿Tienes idea de lo que ellos han sufrido para poder respirar aire marciano, León? Sus pulmones fallaron varias veces; tuvieron que operarlos a vida o muerte e insertarles todo tipo de implantes. Y aún te atreves a llamarle neurótico.

—Llamo a las cosas por su nombre.

—Félix no es una cosa.

—Tampoco es humano. La mayor parte de su sistema respiratorio es artificial.

—Si te crees tan valiente, ¿por qué no se lo dices a la cara? Fattori también lleva prótesis en su cuerpo. Atrévete a llamarle cosa cuando llegue mañana —Nerea sacudió la

cabeza—. La verdad, no sé por qué pierdo el tiempo hablando contigo.

—¿Porque no hay nadie más aquí?

—Cierto.

—Salvo Arquímedes. Pero él también es una cosa, ¿o para ti es humano?

—Si es una cosa, lleva su condición con dignidad.

La mujer se dirigió a la consola para revisar su correo, dejándome reflexionando sobre lo que había querido insinuar. En realidad me gustaba verla discutir. Las veces que lograba sacarla de sus casillas, incluso me resultaba atractiva. Claro que para excitarme, yo no necesitaba mucho; especialmente en un lugar poco visitado por mujeres como Candor Chasma.

Pero era tan poco femenina... Ese pelo corto, esos músculos de marimacho. Nerea hace tres horas de gimnasia al día; yo sólo una, la imprescindible para mantenerme en forma y no sufrir una larga rehabilitación cuando vuelva a la Tierra. Pero a ella le gusta el ejercicio, hace pesas como un animal y no me atrevo a echarle un pulso por temor a que me gane. Nunca la he visto maquillada y menos aún con falda. Sus pechos son guisantes en una tabla de planchar, hasta mi trasero tiene más carne que el suyo, pero aún así es la única mujer que tengo cerca. Con Muriel no puedo contar, aparte de que está embarazada y casada, su marido es un desequilibrado y eso quita las ganas a cualquiera. Además, ya lo he mencionado, no es del todo humana. En cuanto a base Gravidus, aparte de hallarse bastante lejos, es territorio militar al que no se puede entrar salvo que Mowlan lo permita. Tengo el rango de capitán y para mí es un poco más fácil. Nerea sólo ha estado allí una vez para atender una urgencia médica. Sus cirujanos contrajeron una extraña enfermedad que les inflamó el apéndice y ella tuvo que operarlos. No se la volvió a llamar y tampoco me contó qué había visto.

—No te molestes en mirar tu correo; dudo que alguien se moleste en felicitarte las pascuas —la provoqué.

Ella no contestó. Había llamado a Muriel para preguntarle cómo habían pasado el día de Navidad.

El rostro rollizo de Muriel apareció en pantalla. A un tercio de gravedad es fácil ganar peso rápidamente; Muriel

tenía que comer por ella y por el feto y la central de la Tierra desaconsejaba que realizase ejercicios que pusiesen en peligro la vida de su retoño. Nadie sabía si éste podría respirar el tenue aire marciano desde el primer momento, pero por si acaso le aguardaba una incubadora con respiración mecánica para mantenerlo con vida tanto tiempo como fuese necesario.

La UEE no dejaría morir al bebé, y poco importaba la opinión de sus progenitores al respecto. O debería decir presuntos progenitores, porque Muriel fue inseminada artificialmente a partir de un óvulo suyo y espermatozoides de Félix, alterados para solventar los problemas de salud que sus padres padecieron durante gran parte de su vida. El preembrión fue manipulado en la Tierra, congelado y enviado a Marte para implantárselo a Muriel. Félix tenía sus dudas de que se reconociese en un bebé cuyos cromosomas habían pasado por tantas manos.

La verdad, mejor que no se reconociese. Por el bien de todos.

Me acerqué al monitor y saludé a Muriel. Ella me devolvió el gesto con una sonrisa. Ah, si pudiera elegir habría dejado al memo de Félix y buscaría a un tío de verdad. Pero su matrimonio fue un acto concertado por personas ajenas. El reino de los hombres comenzaba y terminaba para ella en Félix. Con el tiempo habría más aranos, pero para entonces Muriel sería vieja y fea. Aunque probablemente moriría mucho antes.

No envidiaba su suerte. Podrían ser el Adán y Eva de la nueva raza arana, una condición que lucían discretamente, pero el precio a pagar era muy alto. Claro que tener a medio mundo pendiente de ti no dejaba de tener su encanto. Bien mirado, ¿cuántas personas de vida gris no se cambiarían por ellos, a cambio de su popularidad? Para bien o para mal, Muriel y Félix eran el centro de debates sobre la naturaleza humana, a las que el retoño en curso contribuía a añadir más leña. ¿Cuántos genes había que modificar para que un humano dejase de serlo? ¿Ellos habían rebasado ya esa frontera? Y de ser así, ¿qué derechos civiles podrían ostentar? ¿Tenían alma?

¿Eran *cosas*?

No habían nacido en la Tierra. No habían pisado la Tierra. Alienígenas entre humanos, extraños de su propia especie, una raza aparte y apartada a cien millones de kilómetros de la civilización. Pero eran los primeros.

—¿Qué tal has pasado la noche? —pregunté a Muriel, solo por cumplir.

—Bastante mal —respondió la mujer—. El bebé no ha parado de moverse. Me siento como si tuviese un tiovivo en mi vientre.

No me extrañaba. En aquella panza que Muriel exhibía orgullosa a la cámara cabría una feria entera, montaña rusa incluida.

—Darás a luz cuando los turistas lleven aquí mes y medio —observó Nerea—. Félix tendrá que dejar que os visiten. Algunos traen regalos para el bebé y os los quieren dar personalmente.

—Va a ser difícil que lo acepte —admitió Muriel—. Félix teme por la salud del niño; si los visitantes le contagiaran algún virus, podría morir.

—Pasaron los controles sanitarios antes de salir de la Tierra —insistió Nerea.

—Explicaselo a él.

Félix no debía andar lejos, escuchando a su mujer desde algún rincón, pero no hizo acto de presencia.

—Si te encontrases mal o necesitas algo, avísame a cualquier hora —dijo Nerea—. Con el todoterreno estaré allí en veinte minutos.

—No me pasa nada —dijo Muriel—, sólo que, bueno, no tengo ninguna experiencia en esto. Hay tantas cosas que podrían ir mal...

—Nada irá mal. El bebé nacerá perfectamente.

—Estoy un poco nerviosa. Félix dice que estoy transmitiendo mi estrés al feto y que por mi culpa podría nacer autista.

—Dile de mi parte que se guarde sus conocimientos de suplemento dominical donde le quepan.

Muriel y Nerea siguieron hablando largo rato acerca del bebé y de mil y una bobadas sobre pañales, biberones y detalles por el estilo. Aburrido, salí de allí a dar una vuelta.

La temperatura en el exterior había subido a 12°C y se había levantado una suave brisa. Me ajusté las gafas y la mascarilla de oxígeno, revisé el nivel de combustible del vehículo de exploración y arranqué. La pantalla del salpicadero mostraba la localización de tres robots de exploración, en un gráfico tridimensional del cañón. La probabilidad de encontrar fósiles de organismos desarrollados en Valles Marineris era escasa, pero había muchos rincones por descubrir y apenas habíamos comenzado a arañar la superficie de aquel mundo. Examinar los estratos de Marte era como viajar en el tiempo, echar un vistazo a un pasado remoto donde las reglas de la vida en el sistema solar eran muy distintas a las actuales. Teníamos un tesoro por descubrir, pero las tensiones políticas en la Tierra y los recortes de presupuesto amenazaban con echar al traste nuestros esfuerzos. No estaba dispuesto a cruzarme de brazos y ver cómo un puñado de burócratas arruinaban nuestro trabajo. Creo que Nerea pensaba en el fondo lo mismo que yo, pero no podía confiar en ella, así que iba a mantenerla al margen.

Desplegué el papel donde había anotado el mensaje y volví a leerlo. No sé si aquello resultaría. Le había dado muchas vueltas y seguía sin verlo claro, pero era tarde para dar marcha atrás. Si yo no colaboraba, buscarían alguien de Gravidus. Seguramente habían previsto todas las posibilidades y tenían allí otro contacto.

No podía quedarme al margen. No en este momento.

CAPÍTULO 3

NEREA

La angulosa mole del *Kepler* pasó por delante del disco solar con el tren de aterrizaje extendido. Parecía un pajarraco feo y cansado que se hubiese olvidado de volar y vacilase en posarse en el suelo. Pero sólo era apariencia, el piloto conocía su oficio y aterrizó en el centro de la pista sin desviarse un centímetro. Los retrocohetes levantaron una buena polvareda y tuvimos que volvernos y taparnos el rostro con la capucha del anorak, hasta que el *Kepler* dejó de vomitar fuego. En la baja gravedad marciana, las partículas permanecen en suspensión más tiempo y son doblemente molestas.

La escotilla de entrada se abrió renuente, desplegándose la rampa de descenso como una lengua burlona: aquella gente no había venido aquí porque lo mereciera, sino —con excepción de Sonia— por su dinero. Un joven y una mujer bajaron con caminar cauteloso, señal de que habían asimilado bien las lecciones. Más rezagados aparecieron Fattori y Wink, el primero auxiliado por el capitán y el segundo por el piloto. Fattori se dejó ayudar, pero Wink se zafó del brazo del piloto y bajó por sí mismo la rampa. Sus piernas temblaban por el esfuerzo; habían pasado casi tres meses en gravedad cero, salvo unas semanas de aceleración y desaceleración que coincidieron con el inicio y el final del viaje. Un joven puede aclimatarse pronto, pero no Wink o Fattori, y eso que habían

seguido el programa de ejercicios durante el vuelo y tomaban suplementos de calcio.

Mientras trataba de sonreír y mostrarme una anfitriona cortés, me pregunté qué se les había perdido en Marte a ese par de carcamales. León se acercó a Fattori y le ofreció servilmente su brazo de muleta, acompañándolo hasta la base. El capitán le cedió los honores con sumo gusto; evidentemente no le agradaba hacer de enfermero.

En cuanto al turista joven, llevaba una cámara en la montura de sus gafas de protección que le servían a la vez de visor integrado. Se trataba de Luis Tello, hijo de un empresario informático. Durante el viaje se había dedicado a atosigar al pasaje con su cámara hasta que Wink se la hizo trizas. Luis llevaba otra de repuesto que se había apresurado a sacar nada más pisar suelo marciano.

—Encantado de conocerte —Luis me tendió la mano. Su cámara apuntaba directamente a mis ojos—. En persona eres más encantadora que por televisión.

—Puedo dejar de serlo si me sigues grabando —dije.

Adiviné lo que Luis pretendía de mí echándole un vistazo superficial. Sé lo que significa ese brillo en la mirada de un hombre y lo previsible de la conducta posterior.

—Vaya, qué hospitalidad —protestó Luis, desconcertado—. Creí que por el dinero que he pagado merecía un recibimiento mejor.

—Lo único que usted merece es una patada en el culo —gruñó Wink, acercándose a nosotros. El anciano caminaba con seguridad creciente y ahora que lo contemplaba de cerca, era más fuerte de lo que parecía—. Nerea, siento que nuestra visita le distraiga de su trabajo y que tenga que soportar tipos como nosotros. Por desgracia, los turistas somos un mal necesario para mantener bases científicas fuera de la Tierra. Durante mi etapa de senador traté que la UEE no recurriese a esta financiación, pero ya ve, al final ellos ganaron.

—Si somos una carga, ¿por qué no se quedó en casa, abuelo? —le provocó Luis—. Ahora mismo se está beneficiando del sistema que tanto criticó.

—Es mi forma de vengarme de él por no haberme hecho caso —replicó Wink.

Una vez que descargaron suministros, el capitán y el piloto del *Kepler* despegaron con rapidez, ansiosos de desembarazarse de los turistas, poniendo rumbo a base Gravidus. Allí debían vaciar el resto de las bodegas antes de volver a la Tierra.

Les mostramos a los visitantes los módulos que les habíamos habilitado, y que serían su hogar durante los próximos tres meses. Sonia era la única que no podía pagar un suplemento para tener derecho a habitación individual, y se alojaría en mi módulo. Aunque León se había ofrecido a acogerla en el suyo, no me fiaba de que su hospitalidad fuera desinteresada.

Sonia estaba impresionada por todo lo que veía, y articulaba balbuceos de asombro. Llevaba su pelo castaño recogido en una coleta y se movía de un modo lento y desconfiado, temiendo que fuera a desequilibrarse y caer por algún movimiento descompensado con la gravedad marciana.

—Todavía no puedo creer que esté aquí —dijo la mujer.

—He oído que el control de misión no quería que embarcases.

—Me ofrecieron dinero. Supongo que me habrían chantajeado si hubiesen podido, pero no tengo ningún pasado oscuro que airear —sonrió, sentándose en el colchón y botando sobre él para comprobar lo mullido que era.

—Todos tenemos secretos inconfesables. Tal vez no dispusieron de tiempo para encontrarlos.

Sonia se encogió de hombros.

—Les habría dado igual. No cambiaría estas vacaciones por nada. En Marte está ocurriendo algo especial, lo sé.

—¿El qué?

—La atmósfera.

—Es irrespirable, Sonia.

—Pero es más densa que hace veinticinco años; lo suficiente para que haya agua líquida en la superficie.

—Marte ha atravesado en su historia por ciclos de actividad volcánica —me esforcé en explicarle.

—Un cometa cayó en la región de Tarsis hace un cuarto de siglo; si se hubiese estrellado contra la Tierra, ni tú ni yo estaríamos hablando ahora. Pero tuvo la cortesía de caer en

Marte, y al hacerlo despertó los volcanes y fundió el agua congelada. Nos dio otra oportunidad. Es curioso que un cometa administre vida o muerte según donde impacte.

—Esos sucesos siempre han ocurrido. Lo que los hace especiales es que ocurran durante nuestras vidas.

—No creo en las casualidades, Nerea. Primero ese cometa, cinco años después el meteorito de Munich. No estaríamos en Marte si esto no hubiese sucedido. Llámalo un guiño del destino o como quieras, pero algo nos reclamó para que viniésemos aquí. Y lo hizo por un motivo. No sé cuál, pero algún día lo descubriremos.

—La idea de que alguien ahí fuera mueve los hilos es tan atractiva como irracional. No hay nadie entre bastidores, ni en el patio de butacas. Sólo nosotros en el escenario.

—¿Qué sentido tiene una representación sin público?

—Si los actores disfrutan de la función, no necesitan más.

—Ojalá siempre fuese así —Sonia arrugó la nariz.

Recordé que en su expediente figuraba que era profesora de instituto y se lo mencioné para ver qué más podía averiguar de ella.

—Oh, vaya, ¿es por estas arrugas? —se señaló las patas de gallo que le culebreaban hacia las sienas como plantas trepadoras—. Lo llevo grabado en la cara.

—Nos mandaron informes de vosotros.

—Lo sé —sonrió Sonia—. Estaba bromeando.

—Marte no es tan maravilloso como crees. Después de los primeros días de novedad, os aburriréis de dar vueltas por las dunas.

—Cualquier sitio es mejor que un instituto. Ya no son centros de enseñanza, sólo guarderías para niños. Limpian las calles de jóvenes ociosos y nos los envían a nosotros. Ahora, las asociaciones de padres presionan para que la universidad también sea obligatoria. ¿Para qué quieren hijos, para tenerlos fuera de casa tanto como puedan?

—¿Preferirías que estén fuera y no aprendan nada?

—Están dentro y no aprenden nada, Nerea. A las autoridades no les importa la educación, sino la escolarización. En mi centro hay seis profesores de baja por

depresión, y otros cuatro han solicitado la jubilación anticipada. Somos carne de psiquiatra, pero a quién le importa. Cuando supieron que había ganado el sorteo, mis compañeros me hicieron una fiesta. Envidiaban mi suerte, nueve meses lejos de esos mocosos; no puedes tocarles y esos bastardos lo saben muy bien, pero ellos pueden pegarte una paliza, rajarte los neumáticos, escupirte a la cara y ¿qué castigo tienen? Terapia con psicólogos. Mira, no me importa que Marte sea aburrido, sólo que durante una temporada no tendré que soportar chillidos, pedorretas, risitas y bostezos.

Iba a preguntarle por qué no dejaba el empleo, pero Luis entró en ese momento. Venía a disculparse por sus modales.

—Wink tiene razón —dijo—. Os prometo que no volveré a grabaros sin vuestro permiso.

El joven se quedó allí de pie, como un perro faldero jadeando a la espera de perdón.

—Ayúdale a León a preparar la comida, y aceptaré tus disculpas —le dije.

Cuando antes aprendiese que éste no era un hotel con servicio de habitaciones, mejor.

Sorprendido con la guardia baja, Luis obedeció sin rechistar y se marchó a la cocina.

—Bien hecho —dijo Sonia—. Que no olvide cuál es su sitio.

Una hora después, nos congregamos en la cocina en torno a una fuente de puré de patatas, filetes de microproteína y algo de verdura cultivada en nuestro invernadero. Nada de alcohol en la base. Los turistas fueron advertidos que estaba prohibido su consumo, y que si se sorprendía a alguien bebiendo, fumando o tomando cualquier otra droga, todas sus pertenencias serían confiscadas. No sé por qué mi foco de atención se desvió hacia Luis; el joven todavía no había hecho nada, pero antes de que León —que se pasaba aquellas reglamentaciones por el trasero— le pervirtiera, preferí advertirles. En teoría sus equipajes habían sido inspeccionados dos veces, una en la Tierra, antes de subir a la lanzadera, y otra en la estación orbital de embarque. Pero el dinero suaviza al funcionario más quisquilloso, y esa gente podía arrojarlo a su alrededor como confeti.

Arquímedes pasó a la cocina con una cesta de pan que ofreció a los invitados. Luis se molestó porque tratásemos al sintiente como un criado. El joven pertenecía a una ONG que reivindicaba los derechos de las inteligencias artificiales. Acallaba su mala conciencia de chico rico con actividades supuestamente altruistas, sin sospechar que su padre, dueño de la multinacional informática Macro, financiaba a través de terceros aquella organización para llamar la atención sobre sus productos de gama alta. Si el cliente creía que una IA era *casi* un ser humano, se venderían mejor.

—Hay frigoríficos que te riñen si los abres a deshoras para picar —dijo León—. ¿También queréis para ellos derechos cívicos?

—Los emuladores de comportamiento no son programas inteligentes —contestó Luis, mordiéndose un trozo de carne gomoso que masticó resignadamente.

—Un frigorífico puede contestar a su dueño y seguir una conversación —insistió León—. Desde tu punto de vista, sería inteligente.

—Sólo da la impresión de que lo es. Analiza las frases de su dueño, las compara con su base de datos y vectoriza la respuesta con arreglo a unos algoritmos muy simples. No hay inteligencia en eso.

El joven respiró con aire de suficiencia. Aquél era su campo y se sentía cómodo en él manejando aquella jerga oscura, que los demás comensales encajaron con suspicacia. León cometía un error si seguía por el mismo camino.

—Los sintientes representan un salto cualitativo sin precedentes —continuó Luis, al ver que su oponente callaba—. Son el siguiente paso en la evolución de la consciencia —se volvió hacia Fattori—. ¿No opina así el nuevo Papa?

Fattori no parecía muy dispuesto a que Luis le obligase a tomar partido, y declinó contestar. Era perro viejo para caer en triquiñuelas de salón. Tenía una mirada oscura y extraña; me daba la impresión de que sus ojos nos evaluaban en silencio, pesando nuestros pecados en una balanza.

Nadie derivó a tiempo el tema de conversación; supongo que estaban concentrados en tragar aquella carne dura en un

discreto silencio para no parecer remilgados. En consecuencia, Luis continuó. Su ONG había llegado a curiosos acuerdos de colaboración con la iglesia vaticana para defender los derechos de las IAs. Juan XXVI insistía en sus encíclicas en que el conocimiento era el camino verdadero para llegar a Dios. Así expresado, no parece un giro muy impresionante, pero vaya si lo era. La fe cedía el primer lugar de las herramientas teológicas a la razón. Si la inteligencia aumentaba, más nos acercábamos a comprender el plan cósmico, la idea divina de la creación. ¿Por qué habría que discriminarse a la inteligencia en virtud de que su soporte físico camine erguido, a cuatro patas o sus venas fuesen de fibra óptica? La evolución demostraba que el ser humano es un eslabón en la historia del universo; no el principio ni el vértice donde las líneas de la causalidad convergerían. Sólo una estación de paso hacia un destino desconocido. Alguien nos sucedería, los aranos eran un tímido paso de los bioingenieros hacia la adaptación de la especie a un medio extraterrestre, pero habría más intentos. Los humanos seríamos sustituidos. Dentro de cien, de mil o de diez mil años acabaríamos siendo historia.

Juan XXVI, con una visión de futuro encomiable, se había percatado de que el catolicismo quedaría desfasado si no se amoldaba a los cambios. El hombre no es el fin, sino un medio de la creación, un instrumento más del plan divino. Si no podemos entender ese plan es porque la inteligencia no se ha desarrollado lo suficiente. Las IAs podían teóricamente vencer esas limitaciones. Son creación humana, y por ende, creación de Dios. Cuando hubiesen alcanzado la capacidad de proceso que se negaba al cerebro humano, acabarían comprendiendo los designios del ser supremo.

Si éste existía. Si había designios que comprender. Si el universo tenía alguna lógica. Demasiados *si* por resolver.

Con una sólida formación en física y biología, el nuevo pontífice había traído vientos revolucionarios al cristianismo. Quienes se escandalizan con sus encíclicas olvidaban que el cristianismo nació como un movimiento revolucionario frente al imperialismo romano. Tenía el germen del cambio en sus raíces, pero muy pocos papas lo utilizaron en beneficio de su

fe. Por eso, cuando ocasionalmente surgía una figura como Juan XXVI, su propia gente lo tildaba de hereje.

Observé a Fattori tratando de buscar algún signo de desaprobación, asentimiento o reacción al discurso de Luis. No lo encontré. Fattori era una máscara de plomo opaca a las emociones. Tal vez en alguna de sus múltiples operaciones le habían extirpado la sensibilidad facial, la capacidad de ruborizarse o de ponerse nervioso.

No lo sabía, pero me hubiera gustado averiguar qué pensaba en aquellos momentos de nosotros.

Y especialmente, por qué había venido a Marte.

LEÓN

Parte de los suministros desembarcados del *Kepler* iban destinados a base Quimera. Sonia quería ser la primera en visitar aquel lugar e insistió en acompañarme en el todoterreno. Aunque le advertimos que las visitas en Quimera estaban muy restringidas, por deseo de sus dos habitantes, eso sólo consiguió aguijonear su curiosidad.

—Quiero ver a Muriel —dijo—. He traído regalos para su futuro bebé.

Le expliqué que los aranos eran casi iguales que los humanos, y que las diferencias fisiológicas se concentraban en su sistema respiratorio. Ella parecía saberlo todo de ellos e insistió en la visita. Cargamos los contenedores en la trasera y emprendimos el camino.

—No te quites las gafas ni la capucha del anorak —la previne, cuando habíamos recorrido un par de kilómetros por el desierto—. Aquí no hay protección contra los rayos ultravioleta. Salvo el techo de este vehículo y el tejido especial de tu prenda, no hay más barreras entre el sol y tu cuerpo.

—Lo sé —dijo ella—. Pero esta prenda da mucho calor.

Sonia no era joven, rozaba los cuarenta y su rostro empezaba a arrugarse, pero todavía conservaba su atractivo.

Culo respingón, pechos generosos y un vientre firme. Yo no necesitaba más.

—¿Qué tal te va con Nerea? —quise saber.

—Es muy agradable.

—No le gustan los tíos, ¿lo sabías?

Ella me miró extrañada.

—¿Cómo?

—Llevo un año aquí con ella.

—Bueno, ¿y por qué me cuentas eso a mí?

—Te alojas en su módulo.

—No puedo pagarme uno independiente.

—Es cierto —esquivé un pedrusco que se había interpuesto en el camino—. Por eso pensé que debía prevenirte.

Noté que fruncía los labios bajo la mascarilla transparente de oxígeno. Temí que estuviese metiendo la pata.

—¿Te lo ha dicho ella? —preguntó con cierto morbo de interés.

—Hay cosas que no necesitan hablarse —dije—. Lo lleva impreso en su cuerpo. Es un tío en el cuerpo de una mujer y eso la disgusta. Pero en mi módulo hay espacio de sobra, así que si quieres instalarte en él, no tienes más que decírmelo.

Debió ser muy evidente mi expresión de caimán hambriento, porque se apresuró a replicar:

—Estoy segura de que se esforzó el doble que tú para venir a Marte. A igualdad de condiciones eligen a los hombres, y a diferencia de condiciones, también. Si está aquí es porque demostró que daba cien vueltas a sus rivales masculinos —y añadió, murmurando—. Hay que ser muy dura para sobrevivir en este lugar.

—Sí, reconozco que se ha amoldado bien al desierto —dije—. Tan bien como un cactus. No necesita que la rieguen.

Su trasero respingón se removió en el asiento, buscando una postura más cómoda. Admití que no estaba siendo muy brillante para ganármela.

—Tú sí lo necesitas, supongo —dijo.

—Claro —la mascarilla arruinó mi sonrisa seductora—. Constantemente.

—Pues empieza con una ducha de agua fría.

Como siguiese con esta suerte no iba a tener otra opción. Me tragué mi orgullo de macho herido y declaré una tregua estratégica. La paciencia es una llave que abre muchas puertas.

Pasamos el resto del trayecto en silencio. Sonia le contaría aquella conversación a su compañera de cuarto en cuanto estuviesen a solas. Mis tácticas arteras quedarían al descubierto y Nerea buscaría ansiosa mi yugular. Pero qué diablos.

La silueta de base Quimera se destacó en el horizonte, un oasis artificial en medio de aquel pedregal austero. Plantas transgénicas y humus importado de las simas antárticas se abrían paso con timidez en un puñado de kilómetros cuadrados alrededor de Quimera. No había palmeras ni dátiles, pero un poco de verde en el paisaje daba una sensación refrescante y hasta transgresora. Una torre de perforación mantenía húmedo el ambiente, bombeando el agua atrapada en el permafrost del subsuelo para formar un estanque sin peces, en el que algas adaptadas a ambientes ácidos habían echado raíces. Aquel pequeño jardín injertado en el desierto costaba cientos de miles de creds al año y la verdad es que no servía para nada. Los sueños de algún biólogo megalómano presagiaron que la implantación masiva de árboles en Marte devolvería el óxido atrapado en las rocas a la atmósfera, pero hasta la fecha no se había logrado que creciesen plantas al aire libre de más de dos centímetros de altura. Los daños que la radiación causa en las células vegetales acaba rompiendo sus paredes, vaciándolas de savia. Sólo los hongos o las algas que medran bajo el agua tienen alguna posibilidad de sobrevivir.

Aparqué el vehículo a la entrada de la base. Sonia contemplaba con admiración aquella pequeña extravagancia, y estuvo tentada de tocar lo que creía que era césped con sus propias manos, pero la detuve.

—Liberan toxinas que te pueden causar sarpullidos —le expliqué—. Segregan una sustancia pegajosa que las protege del sol.

—Vaya, no tenía ni idea. Gracias por advertirme.

El fino manto parecido a césped era una variedad inspirada en el *deinococcus radiodurans*, una bacteria terrestre que crece en los depósitos de refrigeración de las centrales atómicas. La bacteria posee un ADN redundante contra fallos. Si su estructura genética principal resulta dañada, estas copias adicionales de su ADN le permiten repararla en poco tiempo.

Muriel salió a recibirnos, luciendo con orgullo su barriga de siete meses y medio. Su marido no salió a darnos la bienvenida ni a ayudarnos a pasar las provisiones al almacén; aunque nuestra presencia, desde luego, no le había pasado inadvertida.

Sonia hizo amago de darle un beso en la mejilla a Muriel, pero se dio cuenta de que allí, nosotros éramos los extraterrestres que cargaban a costas su propio aire incluso dentro del recinto. La turista entregó a Muriel los regalos que ella y sus compañeros habían traído desde la Tierra para el bebé, cachivaches inútiles de los que Félix se libraría en cuanto tuviese oportunidad, no fueran a contagiarle algún germen a su retoño.

Ya que Sonia había hecho el viaje, le pedí a Muriel que nos enseñase los módulos dedicados a laboratorios, donde se ponían a prueba las especies nacidas en probetas que los científicos de la Tierra enviaban a Marte para evaluar su adaptación. El primer laboratorio hacía las funciones de banco de órganos; contaba con suministro de oxígeno para los animales, que eran mantenidos con vida en estasis para que sus vísceras sirviesen de repuesto a los humanos, si surgía una emergencia que requiriera intervención quirúrgica.

Sonia se aproximó a una jaula que contenía tres ratas rayadas. Sólo una de ellas daba muestras de actividad. En su lomo había crecido un abultamiento ovalado que parecía una galleta, pero que al fijarse bien resultaba ser una oreja de seis centímetros de longitud. Las otras ratas poseían genes fluorescentes que las hacían brillar a la luz del día. El investigador controlaba a simple vista su sistema vascular y la posible aparición de tumores, mediante un marcador que resaltaba el color de las células que requerían mayor riego sanguíneo.

En una urna acristalada adyacente estaban tumbados un par de cerdos en coma inducido, conectados a tubos que les alimentaban y evacuaban sus heces. Contemplar aquellos bichos era repugnante, y para calmar a la turista, Muriel le aseguró que ninguno de los animales sufría, y que aplicaban todos los protocolos de la UEE para evitarles padecimientos. Había otra solución, claro, crear torsos humanos sin cabeza ni extremidades, manteniéndolos en estasis hasta que algún receptor necesitase sus órganos. Pero estaba prohibido, por lo menos para cualquier laboratorio que recibiese fondos públicos. En la Tierra, sin embargo, había miles de empresas privadas dedicadas a este mercado y era difícil controlar si todas cumplían la ley. Sea como fuere, la esperanza de vida se había elevado y no merecía la pena perderse en consideraciones éticas acerca de unos cuantos cochinos. A todos nos gusta el solomillo, ¿verdad? Y comerlo no nos crea conflictos morales.

El segundo de los módulos estaba destinado a la experimentación en especies que toleraban el aire rarificado de Marte. No era tan impresionante como el que dejábamos a nuestras espaldas; en su mayoría se trataba de plantas y pequeños animales como pájaros y cobayas, a los que nuestra presencia no animó demasiado. Las aves no cantaban y los cobayas nos daban la espalda, medio adormilados en un rincón. Una de las jaulas mayores estaba vacía: había sido el hogar de dos chimpancés jóvenes. El primero murió al poco de llegar a Marte después de varios infartos, por fallos de uno de los bioimplantes que le permitían respirar y purificar su sangre de las sustancias tóxicas de la atmósfera. El segundo duró unos meses más, aunque acabó falleciendo por insuficiencia renal y hepática. A ambos se les habría podido salvar la vida si hubieran sido operados a tiempo, pero eso era más caro que reemplazarlos por monos nuevos, así que se les dejó morir.

Sonia se quedó mirando la enigmática jaula vacía. No podía saber qué había sido de los chimpancés. La muerte de los ejemplares se había mantenido en secreto por motivos obvios —aunque si de mí dependiese, no lo habría ocultado; al fin y al cabo, se trataba de animales criados para la experimentación—. Pero no se necesitaba un cartel de neón

para anunciar que algo se había ido al cuerno. De hecho, en el suelo de la jaula vimos un neumático gastado, un palo de madera y unos cartones pintarrajeados. O mucho me equivocaba o Muriel y Félix, encariñados con los monos, dejaron esos juguetes allí para que los visitantes se marchasen intranquilos, con un montón de preguntas sin contestar.

—Llega tarde para echar cacahuets a los chimpancés.

Félix había hecho acto de presencia, sin avisar. Su aspecto era escuálido, unos miembros delgados y alargados, endebles para un ambiente de gravedad terrestre, pero suficientes —sólo suficientes— para el planeta rojo. Ojos grandes y saltones, como queriendo huir de su dueño, nos observaban con una mezcla de interés y desdén. Pómulos hundidos, orejas de soplillo y cabello pajizo y escaso, arremolinado en una coronilla de fraile que le daba un aspecto engañosamente santurrón. Pero Félix no era un santo, ni siquiera una buena persona. Pese a sus veinte años, parecía haber vivido demasiado y su rostro era un mapa en relieve de lo que el dolor podía hacer a un ser humano, o lo que diablos fuese ahora. Llevaba bata de laboratorio estéril, manos enguantadas y una mascarilla quirúrgica. Sus ojos de insecto nos contemplaban como si fuésemos dos bidones de basura con una nube de moscas a nuestro alrededor, y se mantenía una distancia de tres metros, no fuera que le contagiásemos alguna enfermedad.

—¿Qué les ocurrió? —quiso saber Sonia.

Me había equivocado. Félix no tenía intención de dejarla partir con preguntas que pudiera reiterar en nuevas visitas.

—Murieron. Todo lo que se trae a este planeta acaba muriendo. Marte nos odia. A usted también.

Félix hablaba como un viejo y se encorvaba al caminar. No sentía lástima por él, pero me molestaba que se hubieran gastado tanto dinero en criar una pareja de aranos enfermizos, una burda imitación de seres humanos condenada al fracaso.

—¿A mí? —se sobresaltó Sonia.

—Su ADN sufrirá mutaciones irreversibles que mostrará sus efectos años después de que regrese a la Tierra. Aquí el sol muerde como una víbora, pero es un veneno de acción

retardada —Félix alzó las cejas—. Oh, ¿no lo sabía? Debería haberse informado antes de venir.

—No la asustes —intervine—. Sabes que eso no ocurrirá.

Félix se volvió hacia mí, como si acabase de reparar en mi presencia, pero me ignoró y volvió su atención a la turista.

—Los chimpancés y nosotros teníamos muchos puntos en común, ¿sabe? Los sometieron a toda clase de torturas para que se aclimatasen a este mundo. Ahora, ellos están muertos —Félix tosió forzosamente para darle un efecto melodramático a aquella pantomima—. ¿Cuánto tiempo cree que nos queda? —Sonia guardó silencio, incapaz de contestar—. Más de lo que se imagina. No nos permitirán morir hasta que encuentren unos sustitutos —se volvió a la jaula vacía— Entonces nos meterán en un horno y esparcirán las cenizas en el desierto.

Muriel no interrumpió a su marido. Contagiada por su fatalismo, había empezado a pensar como él.

—Bueno, tenemos que irnos —dijo Sonia—. Encantados de conocerles.

—Estas vacaciones no serán lo que usted imagina —Félix alzó un dedo como si fuera a añadir algo, pero cambió de opinión y se marchó sin completar la frase.

Volvimos al todoterreno y arranqué el motor. Si algo tenía que agradecer a Félix de aquella visita era que cuando Sonia volviese a Candor Chasma y lo contase todo, a los demás no les quedarían ganas de venir a Quimera.

—Qué tipo tan desagradable, ¿verdad? —pisé el acelerador y dejamos una buena estela de polvo.

—¿Cómo es posible que sólo tenga veinte años? Muriel aparenta treinta, pero él... es... es increíble su deterioro físico. Hasta hablando parece un anciano.

—Tuvieron que madurar rápido. Por cierto, su coeficiente intelectual es de ciento setenta y están licenciados en física y biología.

—Demasiado rápido. Si ése es el aspecto que tienen ahora, ¿qué pasará cuando cumplan los treinta?

—Para entonces vendrá una pareja de recambio. No son los únicos aranos de que dispone la UEE. La idea es construir

una nueva raza humana que colonice este planeta en unas décadas. Se les cría en una estación orbital terrestre que reproduce las condiciones de Marte, y cuando cumplen la mayoría de edad se les manda aquí.

—Después de haber visto a Félix, no me parece que esa idea sea viable. O ética.

—Ellos son los primeros y la técnica no estaba perfeccionada cuando nacieron. Los próximos que lleguen serán más fuertes.

—Por Dios, León, son seres humanos. Hablas de ellos como si fueran animales de crianza.

—Ésa es su función, crecer y multiplicarse.

—¿Y si no quieren?

—Eso qué más da. Te aseguro que hay ocupaciones peores —observé por el rabillo del ojo cómo su indignación iba en aumento—. Llamarán Abel a su futuro bebé. Tiene gracia.

—Por qué.

—El primer hijo que tuvieron Adán y Eva no fue Abel, sino Caín.

—Disculpa que no me ría.

—Aunque no lo parezca, son seres afortunados. Están marcando un comienzo y mucha gente los envidia.

—¿Qué quiso decir con que mis vacaciones no serían lo que yo imaginaba?

—No le hagas caso. Está chalado.

—Parece que trataba de advertirme de algo.

—Intentaba asustarte. Le gusta martirizar a las visitas.

Sonia entornó los ojos, nada convencida. Empecé a temer que Félix supiese algo, pero si así fuese tendrían que haberme advertido.

Desde luego, si alguien en la Tierra había confiado en Félix, había cometido un gran error.

CAPÍTULO 4

NEREA

Encontré a Wink en el gimnasio, aplicado a sus ejercicios de recuperación. Acababa de hacer unos minutos de pesas y ahora pedaleaba con energía en la bicicleta estática para fortalecer las piernas.

—Se está recuperando rápido —le dije, sentándome en el aparato de abdominales.

—Me tomo las advertencias de los médicos muy en serio —dijo Wink, la frente perlada de sudor.

—¿Qué le impulsó a venir?

—Asegurarme que Marte existía de verdad. No me creo las cosas que me cuentan hasta que las toco con mis propias manos.

—Bien, ya lo ha tocado —dije entre flexión y flexión—. ¿Y ahora qué?

—Verá, Nerea, durante toda mi vida he antepuesto el deber al placer. No he tenido tiempo de darme un capricho, siempre estaba ocupado haciendo cosas que creía más importantes —detuvo su pedaleo—. Quizá lo eran, pero el tiempo pasa deprisa, es un puñado de arena que cuanto más lo aprietas, más rápido se te escapa de la mano. Comprendí el significado de *carpe diem* demasiado tarde.

—Todavía le quedan unos cuantos años por delante.

—Pasando por el quirófano para reparaciones. No estoy seguro de querer prolongar mi vida más allá de lo que

aconseje la madre naturaleza. Nuestros cuerpos no están programados para durar; si renunciásemos a las trampas de la medicina, las pensiones de jubilación dejarían de ser un problema para el gobierno, porque pocos llegarían a cobrarlas. La cuestión es que no nos resignamos a morir y vamos contra natura, pero el cuerpo se defiende ante esta violación. Puedes recomponer tu corazón con un trozo de plástico, pero ¿y todo lo demás, las neuronas, los huesos, los pulmones? Me he convertido en una vieja balsa que pierde aire, remiendo un pinchazo y aparece otro, y otro; al final, mi vida se reduce a deambular entre el hospital y la casa.

—Oyéndole es como si desease haber nacido en la edad Media. Allí no habría tenido esos problemas.

Wink se secó el sudor de la frente. Dijo:

—Mire, estoy solo, mi mujer murió hace tres años y mis hijos tienen su propia vida; las navidades pasadas me insistieron para que me fuera a una residencia. Es humillante saber que soy un pellejo que se pudre lentamente en un rincón.

—No necesita una residencia. Usted puede pagarse sirvientes que le atiendan.

—Cuando regrese a la Tierra, ya no. Me he gastado en este viaje todo lo que tenía ahorrado, y eso que después de lo que ocurrió con el *Hermes*, los precios han caído.

—Usted todavía sigue en activo, dando conferencias —y cobrando por darlas—; también preside la liga racionalista.

—Nerea, voy a contarle un secreto. Empiezo a dudar que escogiese el camino adecuado.

—No le entiendo.

—La UEE trató de poner coto a las religiones, para que no se repitiese otra situación como la de los creacionistas americanos. El caso es que sustituir la religión por la ética no siempre da resultado. La ética es un valor pasado de moda en estos tiempos cínicos.

—Es desconcertante oír eso —en realidad, lo desconcertante era oír admitir a Wink que se había equivocado; puede que fuera la primera vez en su vida que se lo confesase a otra persona.

—A mí también me sorprende hablar con una desconocida de estos temas y... ¿quiere estarse quieta? Me está mareando.

Dejé las flexiones. Wink no entendía que podía seguir perfectamente aquella charla y continuar con mis abdominales sin perder concentración; por lo general, los hombres sólo pueden dedicarse a una cosa a la vez. No es culpa suya, pobrecillos: la evolución les dotó de menos conexiones en el cuerpo calloso que comunica los dos hemisferios del cerebro, como un ordenador que no puede ejecutar dos programas simultáneamente porque su bus de datos se satura. No estoy haciendo un alegato feminista, es biología elemental de bachillerato. Cuando los hombres se percatan de que nosotras tenemos capacidad multitarea, nos reprochan que no les prestamos atención, sin admitir que en lo que a comunicación se refiere, ellos son el sexo débil.

—Me duele reconocerlo, pero la sociedad necesita la fe para no degenerar en la barbarie —continuó Wink—. El éxito de las religiones estriba en prometer castigos y premios después de la muerte. Mientras se alimenta ese temor, refrescándolo con rituales, la gente controla sus instintos de reptil. Quíteles la fe y acabarán deduciendo que pueden hacer con sus vidas lo que les dé la gana.

—Carpe diem.

—Que llevado a sus últimas consecuencias es la ley de la selva. Destruya los valores mitológicos de una sociedad y acelerará su caída. La superstición sigue siendo necesaria y yo cometí el error de criminalizarla.

—¿Tiene mala conciencia, Wink? No me diga que el día de su muerte avisará a un confesor por si acaso.

—En absoluto.

—La ley de la selva nació con el universo, *es* el universo mismo. Y usted ha descubierto que existe. Debería patentar ese descubrimiento, no vayan a robárselo.

Wink alzó sus cejas nevadas, con el semblante de un limón arrugado.

—Tengo edad para ser su padre. No se ría de mí.

—¿Le molesta? Mire, no creo en Dios, pero sí en la libertad del individuo. El gobierno aprobó gracias a tipos

como usted una legislación fascista contra cualquier tipo de credo religioso, consiguió que muchas iglesias cerrasen sus templos y abandonaran la Unión. ¿Qué derecho tiene a decirles a la gente en qué no pueden creer? Eso se llama totalitarismo, comienzan pregonando que la religión es el opio del pueblo y acaban construyendo gulags y purgando a los que no piensan como ustedes.

—Nosotros jamás haríamos eso. Además, toleramos el neocatolicismo.

—Intentaban protegernos de los creacionistas; sé que lo hicieron por una buena causa, pero sus buenas intenciones son secundarias, cada baldosa del camino al infierno tiene grabada una. Lo que cuentan son los resultados, y lamentablemente no han sabido estar a la altura. Perseguir las creencias no las debilita; prohibiéndolas las fortalece.

—Nerea, desde fuera es fácil filosofar. Los creacionistas alcanzaron el poder en América usando contra el Estado los resortes de la democracia. Si tienen derecho a enseñar en las escuelas que los fósiles de los dinosaurios están mal datados por una conjura de científicos ateos, y que el mundo se creó hace seis mil años, ¿qué vendrá después? ¿Universidades donde se enseñe astrología o a leer el futuro en las entrañas de una cabra? ¿Quiere que volvamos a la Edad Media, a que las mujeres sean animales propiedad de sus maridos? ¿Es eso lo que quiere? —Wink hizo una pausa para respirar. Se estaba acalorando—. El gobierno tomó sus decisiones, tal vez los métodos no fueron los mejores, pero logramos expulsar a aquella chusma de la Unión y evitamos una catástrofe. Claro que los resultados cuentan, amiga mía. No vio el bosque arder porque expulsamos antes a los pirómanos. El mejor bombero es aquel que evita el incendio sin derramar una gota de agua.

—Es usted quien alberga dudas sobre sí mismo. Si tan orgulloso está de lo que hizo, no veo qué le remuerde la conciencia.

Wink me dirigió una mirada helada. Entonces no supe que había estado muy cerca de remover un aspecto terrible de su pasado. Wink no estaba atormentado por la persecución de religiones que ayudó a emprender. Había algo más que escondía el motivo auténtico de su peregrinaje a Marte.

—No lo entiende —dijo tras un prolongado silencio, y se fue.

Aunque de momento no estaba dispuesto a contármelo.

LEÓN

Sonia supo ser discreta y mantuvo reserva sobre lo que yo le había contado acerca de Nerea. Como premio, la invité al día siguiente a dar una vuelta con el aeroplano. Habíamos recibido un parte de avería de uno de los robots nómadas que se había quedado aprisionado en una grieta de Nirgal Vallis, a ochocientos kilómetros al sudeste.

El aeroplano era un vehículo ligero que no podía remontar más de media tonelada de carga, pasajeros incluidos. Contaba con cabina presurizada y no había que usar mascarillas dentro de él. Sólo disponía de sitio para un acompañante y, aunque Luis insistió mucho en que le llevase, la elección para mí fue obvia. El niño se quedó en tierra.

Despegamos en vertical hasta una altura de cien metros, momento en que las hélices accionadas por paneles solares que recubrían las alas, comenzaron a girar. El satélite meteorológico mostraba una ruta despejada, sin turbulencias ni tormentas de arena que hicieran zozobrar nuestra frágil aeronave.

Nos dispusimos a cruzar Valles Marineris, la enorme cicatriz del rostro marciano visible desde el espacio. No se trataba de un cañón al uso, se dudaba que la erosión de los ríos hubieran excavado una extensión de terreno tan vasta que se prolongaba mucho más allá de la línea del horizonte. En sus primeros balbuceos como planeta, Marte pasó por un agitado período de cambios geológicos, su rostro se llenó de un acné agresivo que levantó conos volcánicos como el monte Olimpo, de veintisiete kilómetros, récord Guinness de altitud en todo el sistema solar. En su etapa adolescente, Marte gozó de agua líquida, una atmósfera más densa, océanos y ríos de agua dulce. Pero algo fue mal, las temperaturas descendieron, la

mayor parte de la atmósfera escapó y el agua dejó de existir como líquido; quedando confinada en forma de hielo en el subsuelo o huyendo al espacio en forma de gas. Tras la adolescencia, Marte entró en un período de decadencia y muerte.

Contemplar aquel espectáculo era fascinante y sobrecogedor. Estábamos mirando un cadáver planetario, nuestro trabajo consistía precisamente en hacer de forenses, extraer pequeños trocitos de sus entrañas y analizarlos. ¿De qué murió nuestro paciente? Sabíamos que tuvo su propia biosfera, diminutas formas de vida nadaron en sus océanos y quizá hasta caminaron por su superficie. Pero la mayoría de estos organismos murieron hace mucho tiempo. ¿Ocurriría lo mismo con la Tierra? A muy largo plazo, hasta el mismo sol se convertiría en una gigante roja y engulliría a la Tierra dentro de cinco mil millones de años. Es un plazo generoso que no inquieta a nadie, pero, ¿y si el final para la vida está más cerca de lo que creemos? ¿Le importa al universo la especie humana? ¿Le importa a Dios?

Sobrevolar Valles Marineris suscita muchas preguntas. La vida es una copa de cristal moviéndose en una caja mal embalada. Nerea me había contagiado parte de su ateísmo y empezaba a pensar que tal vez no había un acto finalista en la creación. El meteorito de Munich cayó allí porque sí. En el pasado, Dios aniquilaba ciudades enteras por alguna razón, véase si no Sodoma y Gomorra; puede que sus habitantes mereciesen ese castigo por su conducta licenciosa, no voy a juzgarlo, pero ¿Munich? ¿Qué habían hecho sus habitantes para merecer un pedrusco del cielo? Eran personas normales y corrientes, como las de cualquier otra ciudad de la Unión. ¿Era un aviso a nuestra civilización occidental por el desmoronamiento de nuestros valores? ¿O sencillamente las cosas ocurrían porque sí?

Sin motivo.

—Parecemos liliputienses en el mundo de Gulliver —dijo Sonia, pegando su nariz a la ventanilla—. Aquí todo es gigantesco.

—El sueldo no.

—¿Habéis encontrado muchos fósiles en esta región?

—No demasiados. Los que no estaban protegidos por caparazones no se conservaron. Todavía no hemos encontrado ningún vertebrado, pero no perdemos la esperanza.

—¿Qué piensas sobre el cometa que cayó en Tarsis?
Alcé las cejas.

—Eso ocurrió hace veinticinco años.

—Aún hay actividad volcánica en esa región, ¿verdad?

—Residual.

—Y ríos en la superficie.

—Con poco caudal. Marte sigue siendo esencialmente seco. ¿Adónde quieres ir a parar?

—Tal vez los planetas resucitan al cabo de los milenios si se dan ciertas condiciones —agregó ella.

—La caída de un cometa no es suficiente para eso. La energía de impacto provocó un calentamiento local del manto en esa zona y el ascenso de magma, pero ahora las coladas de lava son escasas. Me temo que es prematuro hablar de resurrección.

—Puede que la humanidad esté predestinada a venir a este mundo. Es como si Marte nos abriese ahora las puertas de su casa. Estamos viviendo una época de cambios y me alegro de estar aquí para ser testigo.

No sabes hasta qué punto lo serás, pensé, tratando de concentrarme en el panel de mandos.

—Y aquí estoy, una profesora de instituto cuya única meta en la vida es seguir con la rutina. ¿No es increíble? La suerte me sonrío por primera vez y me envía aquí, con todas las probabilidades en contra.

No sabía de qué demonios estaba hablando ni me importaba, pero me venía bien que Sonia se soltara de la lengua y trabase confianza conmigo. Por el rabillo del ojo observé sus pechos nerviosos, moviéndose bajo el suéter negro.

—Estaba en un callejón sin salida —continuó—, tanto en lo profesional como en lo personal. Empecé a beber, todas mis parejas me dejaban a los pocos meses. No sé lo que les asustaba de mí; todavía sigo sin saberlo. Quizá les hacía sentirse estúpidos y no lo soportaban.

Ingenua, lo único que querían era acostarse contigo, no que les planificases sus vidas.

—Es una historia muy tónica —añadió Sonia—. ¿Te aburro?

—En absoluto —mentí—. Es una historia interesante. Sigue, por favor.

—La tuya sí debe serlo. No mandan a cualquiera a Marte. Hay que ser un fuera de serie.

Hum. ¿Tenía significados sexuales aquella frase? Decidí ser precavido para no echar al traste mis avances. Llevaba mucho tiempo sin estar con una mujer de verdad y mi impaciencia me perdía.

—Hoy en día contratan a cualquiera —dije con falsa modestia—. Lo que más buscan es que no dejes una familia atrás, por lo que pueda pasar. Los primeros astronautas que enviaron no duraron mucho; al volver desarrollaron leucemia, enfermedades del sistema nervioso... Y eran tipos realmente duros.

—La radiación. Lo que contó Félix era cierto.

—Bueno, hace medio siglo los viajes tripulados eran lentos, había reticencias a usar motores nucleares y no podían regresar hasta que Marte y la Tierra estuvieran cerca en sus órbitas. Eso ocurre cada veintiséis meses. Si vas sumando, te pueden salir de tres a cuatro años entre la partida y el regreso.

—¿Sabían a lo que se arriesgaban?

—Desde luego.

—Sin embargo, aceptaron venir.

—Cuando pones el pie en una nave espacial, asumes que puedes morir. Sólo hay unos centímetros de metal entre tu culo y el vacío. La muerte forma parte del trabajo.

—Daría lo que fuese por quedarme aquí y no volver jamás.

—Cuando lleves unas semanas en Marte opinaras de otro modo.

—Ojalá pudiera cambiarme por Muriel. Ellos no parecen felices. Le haría un favor a ella.

—No eres araña.

—Podría llegar a serlo.

—Las modificaciones genéticas se introducen en el preembrión. Tú estás ya algo crecida —dije con sonrisa lobuna.

—¿Y si me ofrezco como madre de alquiler? Habrá más nacimientos después de Abel. Muriel no puede asumir toda la carga.

—La UEE utiliza ahora úteros artificiales para controlar todo el proceso. Ya no quieren arriesgarse.

—¿Y no necesitan un ayudante en la base?

—Félix no tolera a los extraños.

—No me persiguió ni trató de acuchillarme. Vamos, León, ¿no estás exagerando? Me parecieron una pareja tan necesitada de cariño que me duele que hables así de ellos. ¿No es eso racismo? Te caen antipáticos porque son diferentes a nosotros.

—No creo que tengamos derecho a desarrollar variantes de la especie humana. Es indecente.

—¿Por qué?

—El hombre no es un animal al que se le injerta un brazo extra a ver qué pasa. Sé lo que vas a decir, sólo tienen dos. De momento. Ya han modificado sus pulmones, su metabolismo, sus huesos. Ya puestos, ¿por qué no diseñarlos con el cerebro del tamaño de una pelota de baloncesto? Ahora que usan úteros artificiales, pueden hacer con el feto lo que les dé la gana sin arriesgar la salud de la madre, porque ésta ha sido sustituida por un tanque de plástico y metal. Serán tan distintos de nosotros que se convertirán en alienígenas.

—Bueno, y qué.

—Cómo que y qué.

—Sigo sin ver el problema, León. El embarazo es una tiranía para la mujer, deforma su cuerpo, la obliga a parir con dolor con riesgo de morir desgarrada, todo para perpetuar la especie. Es bueno que existan otras opciones.

—Admito que no entiendo a las mujeres. Las feministas ponen el grito en el cielo porque ven en el útero artificial una forma machista de arrebatarse a la mujer el poder de dar la vida, y en cambio tú lo defiendes. Esos niños no crecerán sanos. ¿Y el cariño que le transmite la madre durante el embarazo? ¿Y las emociones? Una máquina no puede darles eso.

—¿Por qué te escandalizas? Me parece mucho peor que el gobierno intente transformar este planeta para las necesidades humanas. Marte tiene su propio ecosistema en el subsuelo; pequeño y frágil, pero hay formas vivas ahí abajo. Si hubiese una terraformación a gran escala, la vida importada desde la Tierra ocuparía sus nichos ecológicos. Lo más lógico es transformar al ser humano para que viva en Marte, no al contrario.

—Te preocupan más los derechos de un puñado de algas y hongos que los humanos.

—Me preocupan los derechos del planeta. En caso de conflicto entre éste y las criaturas que alberga, para mí la postura está clara.

—Estuvieron a punto de dejarte en tierra al descubrir que eras una ecologista radical —le recordé.

—No voy poniendo bombas por ahí ni encadenándome a los árboles para evitar que los talen. Me gano la vida como profesora. Lo que hago en mi tiempo libre es asunto mío.

—¿Te han pedido que hagas algo especial aquí para llamar la atención?

—León, por favor.

—Pero si tuvieras algo preparado, no me lo dirías.

—Aunque clavase una pancarta en la entrada de la base que dijera "Salvemos Marte", nadie en la Tierra la vería. Las comunicaciones sufren un retraso considerable. Wink dio varias ruedas de prensa a bordo del *Kepler* y cerca del final del viaje tardaba una hora en contestar tres preguntas, entre el envío de la respuesta y la recepción de otra pregunta. El viejo se desesperaba, pero no tenía otra cosa que hacer y así podía pensarse bien lo que contestaba.

—¿Qué opinas de Wink? ¿Es un buen tipo?

—Es frío y distante, y sé lo suficiente de su pasado para no tener ganas de hablar con él.

Antes de ocupar cargos políticos en la UEE, Wink había sido ministro de Defensa de Gran Bretaña. Durante su mandato, los ingleses multiplicaron por veinte su presupuesto militar y crearon una alianza con los americanos para montar una estructura defensiva en el espacio. Los europeos miraron aquella alianza con recelo, su socio más aislacionista seguía

torpedeando la idea de una Europa unida y reforzaba sus lazos con Estados Unidos. El gabinete británico fue muy criticado por apoyar un proyecto que aparentemente solo servía para provocar miedo en el resto del mundo. Pero tras los sucesos de Munich, la opinión pública cambió de parecer, Europa deseó participar urgentemente en el proyecto de defensa orbital y Wink se situó en la línea de salida de la futura Unión para la Exploración del Espacio.

Sonia acusaba a Wink de que millones de creds fueran desviados de partidas como el medio ambiente, las pensiones o la sanidad, en beneficio de un proyecto militar. Pronto fue evidente que un desarrollo sostenible del programa requería el uso masivo de energía nuclear para impulsar naves y misiles. El material radiactivo tuvo que ser puesto en órbita y hubo algunos fallos. Unos pocos kilos de plutonio y uranio cayeron en el océano Índico, poca cosa comparado con los beneficios a largo plazo. Pero los ecologistas no lo entendieron así. Si de ellos dependiera, regresaríamos al paleolítico. Sin embargo, Sonia no había despreciado el billete para venir a Marte. De hecho pagó una pequeña cantidad para adquirir un boleto que le diera opción a participar en el sorteo. Criticaba un sistema y sus actos contribuían a sostenerlo. Si se quiere ser coherente con tus ideas, tienes que serlo hasta el final; o serás un hipócrita toda tu vida.

Un montón de cháchara más tarde, Nirgal Vallis apareció en nuestra pantalla de rastreo. Reduje la velocidad del planeador hasta quedarnos suspendidos encima del objetivo. Los propulsores nos permitieron internarnos en vertical dentro de una garganta de apenas cuarenta metros de anchura por quinientos de profundidad. El interior era oscuro y húmedo; había una fuente hidrotermal allá abajo que despedía columnas de vapor de agua mezclada con azufre. Nuestro robot nómada había bajado por la grieta para tomar muestras de bacterias que creciesen alrededor de las emanaciones de calor, y su torpeza cibernética lo había dejado varado en el lugar más inaccesible y peligroso para un rescate. A veces me preguntaba si no lo hacían a propósito, obligándonos a jugarlos el pellejo por ellos. Las IAs todavía son estúpidas —al menos las que yo conozco— pero hasta un

idiota es capaz de tener mala ideas. He comentado este asunto con Nerea y es de las pocas ocasiones en que estamos de acuerdo. Si de mí dependiese, dejaría esos cacharros ahí abajo hasta que el viento del desierto arrancase la última tuerca de sus tripas. Pero no depende de mí, claro; parte de nuestro trabajo consiste en recuperar aquellas carísimas máquinas, remendarlas y ponerlas de nuevo en condiciones.

La vibración de los motores produjo un desprendimiento de rocas en lo alto de la garganta. Las luces de alarma de la consola se encendieron cuando una roca del tamaño de un melón impactó contra el extremo del ala izquierda, haciendo añicos una placa solar.

—Son los marcianos, nos están tirando piedras —bromeé.

—No tiene gracia —dijo Sonia, asustada—. ¿Podremos elevarnos?

—Por supuesto. Tenemos las baterías cargadas a tope, y aunque eso fallase contamos con combustible de reserva.

El tren de aterrizaje se posó dudosamente en el suelo, quedando el planeador ligeramente escorado a babor, a causa del terreno irregular. Nos pusimos los equipos de respiración y salimos fuera. La luz solar escaseaba y tuvimos que proveernos de linternas para ver dónde poníamos los pies.

Eché un vistazo al panel dañado. El pedrusco no había perforado la estructura y se había limitado a hacer añicos una placa cuadrada de treinta centímetros. Empalmé un par de cables y remendé los daños como pude. Sonia me contemplaba con inquietud.

—¿Puedo ayudar? —miraba con recelo a lo alto de la grieta por si había nuevos desprendimientos.

—Sí, alcánzame una cerveza bien fría.

—Nerea dijo que el alcohol estaba prohibido.

Resoplé en el interior de mi mascarilla. Una mujer malditamente literal.

—Dijo "prohibido en la base" —recogí el maletín de herramientas y salté abajo—. En realidad no he traído cervezas.

—Algo me insinuó Nerea sobre tu afición a beber a escondidas.

—En absoluto. Yo no me escondo para nada. En época de turistas tengo que ser más discreto, pero... —un temblor hizo vibrar el suelo.

—¿Qué ha sido eso? —la angustia de Sonia seguía una curva exponencial creciente.

—Estamos encima de una zona geotermal. Es normal que el ascenso de los gases produzca... —el temblor se repitió—. Vayamos a por el jodido robot y acabemos cuanto antes.

A doscientos metros sobre nuestras cabezas, una piedra de gran tamaño tuvo el capricho de bajar a por nosotros, acompañada de una granizada rocosa. No había tiempo de montarnos en el planeador y huir.

—¡A esa cueva de allí! —grité—. ¡Corre!

La lluvia de impactos rompió el ala izquierda por la mitad. Tuvimos suerte de apartarnos a tiempo, porque un segundo desprendimiento destrozó el cristal de la cabina, aplastando la consola de instrumentos.

Permanecemos en la entrada de la cueva un buen rato sin atrevernos a hablar, no fuera que la sonoridad de nuestras palabras provocasen una nueva avalancha, pero ésta no se repitió. Con espanto, descubrimos que el planeador había quedado tan maltrecho que no podríamos despegar.

Sacamos de entre las piedras las bombonas de oxígeno —una de ellas tenía una fuga y ya había perdido parte de su contenido, pero conseguí tajarla con un parche— y el equipo de radio, que todavía funcionaba. Había un planeador de reserva en Candor Chasma, pero era más pequeño que el nuestro y no podría rescatarnos a los dos en un solo viaje. Nuestra provisión de aire era limitada y eso ajustaba todavía más el margen de maniobra.

Pedí ayuda a base Gravidus. Aunque estaba más lejos, sus rápidos turbocópteros llegarían aquí antes que Nerea. Además, puede que fueran los responsables de los temblores. Marte es un lugar estupendo para ensayar nuevas armas nucleares jamás probadas en la Tierra, sin sufrir las consecuencias.

O debería decir *casi* sin consecuencias. Porque habíamos quedado atrapados allí. Y eso era una consecuencia terrible.

—¿Vamos a morir? —dijo Sonia en un alarde de optimismo.

—Seguro —respondí con calma—. En algún momento del futuro.

—Me refiero al aquí y ahora.

—No lo sé, querida, pero suponiendo que así fuese, ¿no habría alguna cosa que desearas hacer por última vez?

—Como qué —me dijo con aspereza.

—Aquí abajo la temperatura es bastante agradable y —carraspeé—, ejem.

En el fondo de la cueva se escucharon unos chirridos asmáticos. El robot nómada nos había escuchado y reclamaba nuestra atención. Sonia sacudió la cabeza y entró a la cueva, linterna en ristre.

El suelo estaba encharcado y brillaba a la luz del haz con una tonalidad anaranjada. Colonias de hongos en forma de puntos blancos crecían por las paredes. Le advertí a Sonia que no se quitase los guantes ni se le ocurriese tocar nada. Conocíamos esa especie de hongos y habíamos secuenciado su ADN. Eran inofensivos, pero podrían existir variedades sólo diferenciables al microscopio que fuesen nocivas.

—Champñones en miniatura —dijo Sonia—. No sé por qué, pero esperaba que en Marte la naturaleza hubiese seguido caminos distintos.

—Sí, qué falta de imaginación —sonreí—. Se llama evolución convergente. Una vida basada en aminoácidos y cadenas de ADN procura soluciones semejantes para ambientes parecidos.

—Pero ¿por qué precisamente ADN?

—Tal vez no haya una forma más sencilla para codificar la información genética. Puede que en otros mundos donde haya silicio en lugar de carbono, existan otras combinaciones. De momento, lo único que sabemos es que ahí donde se encuentra agua líquida, calor y carbono es probable que haya microbios. Los hemos descubierto en Marte y en los océanos subterráneos de las lunas Calisto y Europa. El ADN es la lengua franca de la vida.

Llegamos a la altura del robot, por cuya cochina culpa nos habíamos puesto en peligro. Le di un puntapié en una de sus cuatro patas articuladas, arrancándole una débil protesta.

—Ayúdame a poner este trasto panza arriba —dije—. Coge de ese extremo, con cuidado.

El robot tenía el vientre y dos de las patas dañadas. Debía haberse caído por la pendiente, golpeándose la unidad de energía y uno de los motores. El contenedor que guardaba en su interior, sin embargo, había resistido el golpe. Albergaba muestras biológicas en diversos compartimientos, con etiquetas que indicaban las coordenadas exactas donde habían sido tomadas.

Sonia se había retirado a curiosear al fondo de la cueva. Al parecer algo había recabado su interés.

—Aquí hay un túnel —dijo.

—Este lugar está lleno de galerías —respondí—. Y de pozos. Ten cuidado dónde pones los pies.

Pero Sonia estaba escarbando con los guantes y retiraba terrones pardos de la pared húmeda.

—Te dije que no tocases nada.

—Eh, León, mira esto.

Me acerqué a ver.

—Allí al final de la galería —dijo—. Al enfocar con la linterna aparece un reflejo.

—Será un charco de agua.

—Es un reflejo metálico. A lo mejor algún robot estuvo aquí antes y dejó olvidado parte de su equipo.

—No lo creo; esta zona todavía no ha sido explorada. Sólo poseemos mapas transversales del terreno hechos por satélite y medidores de superficie.

—¿Entonces?

Saqué un pequeño pico del maletín y la ayudé a agrandar la abertura, hasta que fue lo bastante grande para pasar al otro lado del túnel. La causa del resplandor se encontraba incrustada en la tierra y tuvimos que excavar con más lentitud para no dañarla.

—¿Qué es? —dijo ella.

En efecto, se trataba de un artefacto metálico de forma alargada de un metro de largo, recubierto por una capa

protectora de polímero transparente. Al limpiarlo de polvo brilló con tonalidad amarilla pálida. No tenía muescas ni tornillos, pero daba la impresión de que formaba parte de una estructura mayor.

—No tengo la menor idea.

Los ojos de la mujer brillaban de excitación.

—¿Es... es eso que estamos pensando?

—Sonia, en las últimas décadas se perdieron docenas de sondas cuando intentaban posarse en Marte. Es posible que este trozo de metal pertenezca a una nave automática que cayó al interior de la grieta.

—¿Y cómo llegó aquí? Parece que lleva enterrado en este lugar mucho tiempo.

—Esta región quedó inundada tras el impacto del cometa en Tarsis. Podría ser que la corriente lo arrastrase hasta esta galería y que luego quedase atrapado aquí abajo por un corrimiento de tierras.

Volvimos la atención al robot y restauré temporalmente su energía, conectando mi portátil de diagnóstico para acceder a su banco de datos. La presencia de aquel trozo de metal no le había pasado desapercibida, y entró en la cueva a investigar a pesar de que se encontraba seriamente dañado, pero no pudo completar su cometido.

—Es posible que haya más objetos como éste por aquí —dijo Sonia—. Deberíamos investigar.

—Habría que apuntalar las paredes y contar con el equipo de excavación adecuado. Avisaré a la patrulla de rescate para que manden un destacamento.

—León, ¿te das cuenta lo que hemos descubierto? ¡Un artefacto alienígena!

—Es prematuro sacar conclusiones hasta que no lo hayamos analizado.

—Este hallazgo hará que la gente se olvide de vuestro trabajo en Marte. ¿A quién le importa un puñado de bacterias, comparado con esto? —miró con ojos excitados el trozo metálico, como una niña que contempla la muñeca de sus sueños.

Empecé a sentirme culpable. Cumplía con vergonzosa exactitud mi papel de escéptico, pero Sonia era tan fácil de engañar que ni siquiera me tenía que esforzar mucho.

—Hace tiempo que la gente se ha olvidado de nuestro trabajo —dije, esta vez sin fingir—. Los robots cogen muestras, las analizamos, secuenciamos su ADN, enviamos los datos a la central... Es un proceso rutinario que no levanta pasiones en la Tierra.

—Eso va a cambiar. Definitivamente, tendrá que cambiar.

Sonia me arrebató el pico y siguió cavando.

Peregrinos de Marte. 252 páginas.

© José Antonio Suárez.

Reservados todos los derechos

<http://www.joseantoniosuarez.es>